Mundo Argentino



Coquetería
por Henry Clive

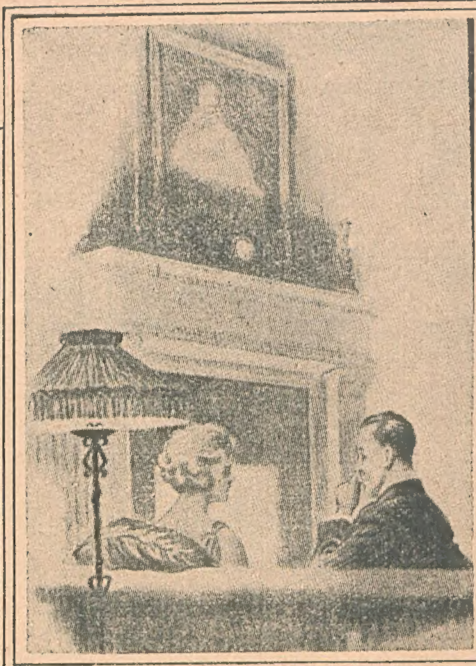
PAGINA AMENA



—¡Qué lástima que no esté usted casada!
—Lo estoy.
—¿Sí? ¡Qué lástima!...



—No puedes negar que llegas completamente borracho.
—No seas grosera. Si viniera borracho, ya procuraría no parecerlo.



—Usted es el primer hombre a quien le he permitido besarme.
—¡Oh, muchas gracias!...
—Los otros novios que he tenido..., me besaron siempre sin pedirme permiso.



—¿Cómo está tu tío?
—Ya no tengo esperanzas.
—¿Tan grave está?
—¡Al contrario! Ya se ha curado.



—¿Qué es el reloj, papá?
—Es un instrumento que nos obliga a llegar a tiempo a todas partes.



—Hace tres años que no nos vemos, ¿verdad?
—Sí; desde que te presté diez pesos.



—¿Qué es la riqueza, papá?
—Nada, si no se gasta, y nada, si se malgasta.



—¡Caramba! ¡Qué tiempo variable! Hace poco me hacía temblar la brisa helada, y ahora me envuelve una brisa cálida...



—¿Cómo sigue hoy, amigo Godínez?
—Muriéndome.
—Hace doce años que me dice lo mismo.
—Sí; es que padezco de una agonía crónica.



—Fíjate, Toribio: ese caballo, en cincuenta y ocho segundos de carrera, se ha ganado quince mil pesos, y tú no has logrado ganarlos aún en los veinte años que ejerces la tuya.



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIÉRCOLES
LA PUBLICACIÓN QUE MÁS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
252 - CALLE RÍO DE JANEIRO - 262
U. T. 62, MITRE, 8704 Y 9560 DIRECCIÓN TELEGR.: "SENYAH"
OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
AVENIDA DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. TELEF., 33, AVENIDA, 1472 BUENOS AIRES

AÑO XIV — BUENOS AIRES, MAYO 21 DE 1924 — NÚM. 696

UN ASPECTO DE LA LEY DE JUBILACIONES

La ley de jubilaciones no funcionará normalmente mientras no se reajuste vigorosamente su mecanismo mediante las numerosas modificaciones que le han sido señaladas. — Los obreros organizados piden que las jubilaciones sean costeadas íntegramente por los patrones. — En cualquier forma, éstos se resarcirían de su parte, elevando los precios. — En definitiva, obreros y empleados se autojubilarían ahorrando metódicamente bajo el imperio de la coerción legal. — Solamente existen dos caminos para impedir que las jubilaciones no depriman el nivel de vida de las clases humildes: valorizando nuestra moneda o pidiendo su contribución a los latifundistas mediante el impuesto a la renta del suelo.

Los hechos que se han sucedido desde la sanción de la ley de jubilaciones demuestran hasta la evidencia que ésta no funcionará en forma normal mientras no se reajuste vigorosamente su mecanismo, mediante las numerosas modificaciones que le fueron señaladas y que en buena parte recogió el Poder Ejecutivo en su conocido mensaje al Parlamento.

La masa proletaria organizada se queja de los descuentos que se pretende hacer en sus salarios. Alega que no está en situación de soportarlos. Vive mal y si se le quitan cinco o diez pesos por mes a cada uno de sus componentes, vivirá peor. Sostiene que las jubilaciones son indispensables, pero que deben ser íntegramente costeadas por los patrones. En otros términos: anhela fervientemente una ley amplia y completa de jubilaciones, mas no a costa de la depresión del nivel, bastante reducido, de su ruda existencia laboriosa.

Es de preguntarse entonces: ¿consentirán los patrones en ganar un diez por ciento menos de lo que actualmente ganan? La actitud de los patrones indica claramente que no, siendo probable, por no decir seguro, que el cinco por ciento con que actualmente deben contribuir saldrá del bolsillo de los consumidores, entre quienes se cuentan, ciertamente, todos los aspirantes a jubilarse.

En definitiva: si este criterio predominase, obreros y empleados no serían jubilados por la sociedad, ni por los patrones; se autojubilarían, por decir así, con los descuentos que la ley les impone y con el aumento que se verán forzados a pagar como consumidores de artículos imprescindibles para la subsistencia. La jubilación reduciríase, en substancia, a un ahorro hecho bajo el imperio duramente tutelar de la coerción legal.

¿Quiere decir lo que antecede que no existe ninguna posibilidad que las jubilaciones no importen un sacrificio más impuesto a la masa de los consumidores? Necesariamente, no quiere decir tal cosa. Pero, desgraciadamente, es muy posible que así ocurra.

Necesariamente, no quiere decir tal cosa porque todavía cabe un recurso para compensar el gasto que importará la ley de jubilaciones, como es el de tomar aquellas providencias que concurran a valorizar la moneda nacional, de manera que aumente su poder adquisitivo. Saneando nuestra moneda sería posible costear las jubilaciones sin deprimir el nivel de vida de las clases humildes ni cargar a los patrones con dispendios que en otra forma, con razón o sin ella, éstos considerarán onerosos. Nada indica, sin embargo, que se seguirá este camino, razón por la cual insistimos en nuestra creencia, firmemente arraigada, que obreros y empleados se jubilarán estrechando sus habitaciones y reduciendo su alimentación. Tal vez esto sea preferible a no gozar de ninguna jubilación. Pero no es ideal, ni tampoco justo o equitativo.

En rigor, restaría todavía otro recurso: que las jubilaciones sean costeadas por el impuesto, pero no por el que pesa sobre los alimentos y el vestido, sino por una fuente completamente intacta entre nosotros: el impuesto a la renta y, especialmente, la forma típica del privilegio en países nuevos y agrícolas, como el nuestro: la renta del suelo.

No hay país realmente moderno que no haya gravado la renta. Nuestros vecinos, los uruguayos, costean el sistema gratuito de enseñanza, desde la escuela primaria a los altos estudios universitarios, con el impuesto al ausentismo. En ningún grado de la enseñanza se cobran derechos de matrícula.

Los Estados Unidos costean su formidable presupuesto con las entradas, en primer término, del impuesto a la renta. Y actualmente trátase de modificar este tributo con las lecciones de la experiencia, de manera que rinda aun más de los miles de millones que rinde.

No pretendemos que la renta del suelo costee totalmente el sistema de jubilaciones o el seguro social. Pero no nos sería difícil demostrar (y sobre el punto insistiremos en una ocasión próxima), que si, como es lógico, el sistema de jubilaciones entrara a funcionar inmediatamente de sancionadas las modificaciones a su texto legal, estaría condenado a una segura bancarrota si el Estado no contribuyese con una suma considerable. Y la única forma en que podría hacerlo es gravando la renta del suelo. Impuesto que por su índole no refluye sobre los consumidores, reposando totalmente sobre los terratenientes.

HACIA LA PAZ MUNDIAL

Después de una serie de años en que la paz mundial se veía amenazada empieza a aclararse el horizonte. Recientes pronunciamientos de pueblos en algunas grandes democracias europeas dicen con elocuencia el repudio que las grandes masas sienten por todo acto que importe envenenar la atmósfera de odios contra los otros pueblos y preparar el camino a una nueva hecatombe.

Felicitémonos por este gran paso. Y si se ha dado en circunstancias tan especiales como las que atraviesa Europa, ¿será posible que en América ocurra lo contrario y se vuelva a la turbia política de la paz armada?

América, cuna del arbitraje, debe seguir la vía tan gallardamente inaugurada. Nada, pues, de fantásticas adquisiciones navales en este continente. Que lo gastado por otras naciones en alimentar la guerra se emplee en difundir la cultura y el bienestar.

COOPERATIVISMO ESCOLAR

En muchas escuelas de esta capital se han organizado o están por organizarse cooperativas de alumnos, que tienen por objeto inmediato la adquisición de útiles.

Al mismo tiempo, los niños se familiarizan con los principios de la cooperación. Y esta familiarización prematura habrá de ser fructífera. Esos niños, con el tiempo, serán hombres y sabrán aplicar lo que aprendieron. Comprenderán que en la vida todo debe ser cooperación, en cuyo beneficio debe ser sacrificado el egoísmo sórdido.

Especialmente, importa darles lecciones del cooperativismo auténtico y genuino, no del cooperativismo falso, tan en boga. Aquél no persigue riqueza, no se rige por el afán de ganancias, ni reparte dividendos. No es una vulgar casa de comercio. Suprime el intermediario y, en consecuencia coloca en manos de los cooperadores artículos sanos a precios reducidos.

COMO DAN LA VUELTA AL MUNDO LAS ONDAS TELEGRAFICAS

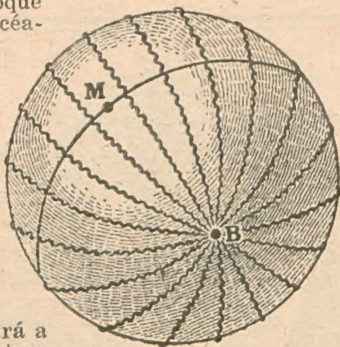
POR ALPHONSE BERGET

CUANDO se descubrió la telegrafía sin hilos, una cosa sorprendió los espíritus ansiosos de novedades: la propiedad que poseían las ondas eléctricas para atravesar los obstáculos, las murallas, las colinas o los montes que surgían delante de ellas.

Pero las maravillas tienen esto de particular: que aquellos a los que han asombrado a su nacimiento se familiarizan más pronto con ellas. Y así se encontró pronto muy natural que las ondas eléctricas pudieran alcanzar puntos muy alejados, llegar hasta América después de haber pasado por encima de esa giba formidable, de una altura de trescientos kilómetros, que representa la curvatura del océano, entre el Viejo y Nuevo Mundo.

Sin embargo, es una buena hazaña la que realizan las ondas eléctricas, y el carácter un poco sorprendente de esa propagación tan lejana, exige una explicación que no surge inmediatamente al espíritu. ¿Cómo se propagan para llegar así de un extremo a otro del globo? ¿A través del aire? ¿A través del agua de los océanos? Misterio que la ciencia de los físicos ha acabado por penetrar y explicar.

Las ondas eléctricas, como las ondas que constituyen la luz, deben propagarse en línea recta. Ahora bien: si se lleva, a partir de la torre Eiffel, que es su centro de emisión, una línea recta que toque la superficie del océano, esa línea pasará a numerosos kilómetros más arriba de América. Por consiguiente, esas ondas mágicas pasan por encima de la esfericidad de la Tierra, y, con mucha justicia, puede uno preguntarse por qué es así.



Esta figura muestra cómo las ondas, al partir de un punto del hemisferio de la Tierra, se expanden en torno de ese punto, y después de su reflexión sobre las capas conductoras de la alta atmósfera, van a concentrarse en el punto B, opuesto al punto de emisión

Supongamos que la Torre Eiffel, colocada en un sitio cualquiera de la Tierra, en el polo Norte, como aparece en este grabado, emitiera ondas: éstas se extienden en todas direcciones, pero, las que alcanzan las altas capas de la atmósfera, chocan contra ellas, por decirlo así, como la pelota contra una raqueta de "tennis", y, según el fenómono de la reflexión, rebotan más lejos, contra otra raqueta, y así, sucesivamente, hasta llegar al puesto receptor del navío, colocado en la parte contraria a la torre. Las ondas llegadas así de todas partes, se juntan y aumentan la intensidad de la recepción. El autor del dibujo ha supuesto que el navío emite a su vez las ondas recibidas por la torre; de ese modo, la telegrafía sin hilos da vuelta entera al globo terrestre

EL FENÓMENO DE LA DIFRACCIÓN

EL motivo de eso es que las ondas eléctricas obedecen a las leyes que presiden los movimientos de todas las demás ondas, particularmente las de las ondas líquidas que se propagan en la superficie del mar. Estas deben propagarse lo mismo en línea recta, pero con la condición de que no encuentren en su camino ningún obstáculo. El muro de un muelle las detiene y las hace retroceder; pero si el obstáculo es de débiles dimensiones, si en vez de ser el muro de un muelle, es una simple boya, las ondas la contornean y continúan su itinerario.

Pero conviene observar que el tamaño de ese obstáculo es relativo. Si se trata de las ondas de la luz, de esas ondas tan cortas que las vibraciones luminosas forman en el éter de los físicos, un grano de arena, una telaraña, son para ellas barreras enormes, pero no invencibles. A través de una redecilla apretada de finas líneas paralelas, se ve, si se mira una luz lejana, una imagen coloreada de tintes irisados, precisamente porque cada uno de los colores, cuyo conjunto forma la luz blanca, ha sido apartado con desigualdad por los obstáculos constituídos por las diferentes líneas alrededor de las cuales han debido pasar al rodearlas.

Este fenómeno, estudiado hoy día perfectamente, se llama la difracción, y se produce con todas las ondas, tanto a las líquidas, las sonoras, las luminosas o eléctricas. Y son tanto más acentuadas cuanto más largas son las ondas. Así podemos oír la voz de una persona que habla en una pieza contigua y a la que, sin embargo, no vemos: las ondas sonoras cortornean el muro del tabique y pasan por la puerta. Y entonces, las ondas eléctricas, esas ondas de éter cuya longitud alcanza varios kilómetros, deben con mucha más razón contornear los obstáculos: casas, colinas o montañas. Por tanto, no debe uno asombrarse de verlas pasar por encima de la curvatura de la Tierra, y vencer, como divirtiéndose, la distancia que separa, por ejemplo, a Francia de América.

No obstante, cuando se reflexiona en la cosa, se ve que esa facultad de contornear el obstáculo no explica completamente la propagación tan lejana de las ondas eléctricas. Una vez rodeado el obstáculo, sólo una parte de su energía sigue propagándose en línea recta: un nuevo impedimento absorbería una nueva fracción de esa energía, de modo que acabaría por reducirla a casi nada. La difracción sola no basta ya para explicar esa prodigiosa desviación de sus rayos, puesto que esas ondas maravillosas no se contentan con llegar a América saltando por encima de esa giba de trescientos kilómetros. Sería necesario hallar otra cosa, y esa otra cosa es el fenómeno de la reflexión en un espejo.

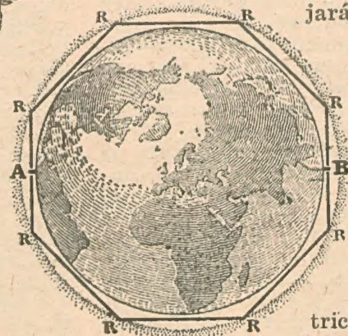
¿Qué es un espejo? Una superficie plana o encorvada, pero cuyas rugosidades inevitables son minúsculas comparadas con la longitud de las ondas que van a encontrarlas. Para reflejar las ondas luminosas, que son en extremo pequeñas, es necesario que las rugosidades de la superficie reflexiva sean de una dimensión muy inferior a la milésima parte de un milímetro; pero para las ondas eléctricas, que son millones de veces más largas que las ondas luminosas, la rugosidad de la superficie reflexiva puede ser mucho más fuerte, hasta el punto que un enrejado de hilos metálicos pueda en todo caso constituir, para ellas, un espejo suficiente.

Ahora bien: las capas superiores de la atmósfera, que es esa camisa gaseosa que envuelve la Tierra, pueden desempeñar y desempeñan, en realidad, el papel de espejo reflexivo para las ondas eléctricas. ¿Mediante qué mecanismo es eso posible? ¿Cómo pueden esas ondas maravillosas, que atraviesan tan fácilmente las capas inferiores del aire, ser reflejadas y, por consiguiente, desviadas por sus capas superiores? Esto es lo que vamos a explicar rápidamente.

Las capas superiores de la atmósfera se hallan más sometidas a la acción de las irradiaciones solares que las capas inferiores. No llega a éstas más que lo que las primeras quieren dejar pasar. Entre las irradiaciones así detenidas, se encuentran los rayos ultraviolados, que tienen propiedades eléctricas notables.

Bajo la acción de esos rayos, los gases de la alta atmósfera, es decir, gran número de las moléculas gaseosas que los constituyen, se unen a esos átomos de electricidad, a los que se ha llamado electrones, y cuya noción ha sido tan fecunda, sobre todo al permitir efectuar maravillosos "indicadores a lámparas" que permiten hoy día ese prodigio, ese milagro de la electricidad: la telefonía sin hilos.

Ahora bien: desde el momento en que las moléculas se unen a los electrones, reflejarán las ondas eléctricas que van a encontrarlas, como lo haría un espejo metálico absolutamente continuo. Así, se comprende fácilmente que las ondas eléctricas emitidas en París puedan llegar a los antípodas. Las ondas lanzadas por la torre Eiffel se expanden por todos lados, y llegan, en particular, a las capas superiores de la atmósfera. Pero éstas, según hemos dicho, obran como espejo; entonces, van a reflejar las ondas que caen a él oblicuamente.



Las ondas eléctricas partidas del punto A se reflejan sobre las capas conductoras de la alta atmósfera en R R... para llegar al punto B, opuesto al punto A, donde, concentrándose, añaden sus efectos y permiten una recepción de máxima intensidad

Esas ondas, así despedidas en una dirección lateral, encontrarán de nuevo, un poco más lejos, las capas reflexivas que les imprimirán una nueva desviación.

Y de ese modo, de reflexión en reflexión, despedidas de sitio en sitio por la superficie cóncava de ese espejo atmosférico, acabarán por llegar al punto de la Tierra diametralmente opuesto al de partida.

Tal es la explicación que puede darse, en el estado actual de nuestros conocimientos, de ese curioso problema de física: ¿Cómo van a los antípodas las ondas de la telegrafía sin hilos, o, si prefiere, cómo dan esas ondas la vuelta al globo?

Nos parece que semejante explicación, a pesar de conservar una parte de hipótesis, satisface, no obstante, a todos los espíritus científicos.

EL ADMIRABLE VEHICULO DE HACE UN SIGLO

ASI como de 1900 a 1920 puede considerarse la época culminante del éxodo y expansión del automóvil, del mismo modo hace un siglo, las gentes de la época se hallaban obsesionadas por la idea de la locomoción a vapor. ¡Qué revolución más inmensa la que entonces se hallaba germinando! Porque, si bien es verdad que el automóvil ha sido un gran invento y hasta puede decirse que ha vuelto a dar vida a la carretera que moría y que quizás hubiera desaparecido antes de mucho, es, sin duda, de una mayor trascendencia el invento de la locomotora y el subsiguiente invento de la vía férrea.



¿Quién podrá decir lo que el ferrocarril representa en la marcha del mundo? ¿Qué gran poeta lo cantará con toda su alma y con la elevación genial que semejante tema requiere?

En 1829 el curioso vehículo a vapor que ofrecemos a nuestros lectores fué puesto en circulación por Goldsworthy Gurney. Circulaba entre Londres y Bat y era objeto de la admiración más grande por parte de aquellas gentes, que no conocían todavía el ferrocarril ni pensaban a qué límites iba a llegar aquel invento que contemplaban atónitos sus ojos.

Con cuánta razón dijo Renán, si no nos equivocamos: "¡Qué dicha nacer un siglo más tarde! Nuestros biznietos sabrán a los diez años cosas que nosotros ignoramos a los noventa!"

¡VA EL GÜESO!...

POR

LUCIO ARRÁIZ

DIBUJOS DE BIONDINI

UNA vez más restregó don Remigio las alpargatas en el finísimo polvo de la cancha, se afirmó en los garrones, tanteó y voleó la taba en la diestra, y gritó a la concurrencia con donaire de chapado timbero:

—¡Güeno, cabayeros!... Ahí está mi poncho, p'al que guste. Vayan echando, y no de muy juerte, porque es cobija rabona y se pueden redamar los patacones... De güelta y media y de punta, ¿no?

—¡Juego..., hasta el cinto es prienda!

—Eche, don..., ¡que le den aire!

—¡Va el güeso!...

Habíase terminado el levantamiento de la cosecha, que por aquellas tierras feraces fecundaba en ubérrima y dorada espiga, y el paisanaje (turba promiscua, allegada de las poblaciones adyacentes, sin más pilchas que la bombacha cambrona y en el rostro las huellas de la miseria y rapiña) recibía, por fin, la paga y quedaban libertados de la penosa tarea de la recolección.

Habíanse agrupado en rededor de la pulpería, un viejo rancho de adobe, todavía con rejas en la ventana, como en los tiempos del gaucho malo; y allí, en improvisada tribu, acampaban desordenados y audaces, con el procaz gusto de tirar los pesos detrás de la carta baboseada por la borrachera y sin más ley que la de rapiñarse las prendas y aguaitar el desmande en la punta de la daga.

—Gente fieraza—sabía decir don Remigio.

Y agregaban luego, con un dejo de enervada fruición:

—Baguala en la boca y como indios p'achurrar cristianos... Pero son blandos p'al cobre y güenos puntos.

No los aborrecía, sin embargo. Su situación como estanciero, ricacho legendario, caudillo no mal versado en política, chapín de linajuda prosapia y un relumbrón de ciencia en su mollera cerrada, debieron encauzar su existencia por entre el aromático césped de las praderas aristocráticas; pero un impúdico y secreto goce por el juego, amén del concurso truhán que su campeo apareja, incitaba el buey manso de su voluntad a torcer la senda y hundir inútilmente la reja en el cieno de la estulticia.

Huía del trabajo y de la disciplina con zozobra de hacienda chúcara. Ni las gratas alternativas de la labor campera, ni el pintoresco semblante de la poesía silvestre podían echar un pial en su espíritu desjarretado.

Solamente en la ciénaga se debate gustosa la sabandija; y allí en el charco se quedaba, corrompiendo los cimientos que sobre su estirpe y fortuna levantaron sus progenitores. No se inquietaba por el derrumbe, no lo aguardaba jamás; porque el jagüel del cielo, decía, no se seca nunca, y, por si acaso, los arroyos no niegan su agua a nadie.

—Vea, don Remigio—decíale algún honrado paisano;—cuide sus campos, y desconfíe de ese gringo remilgao, que me jiede a chamusquina.

—No haya miedo—respondía tranquilamente don Remigio.—Negociamos a la vista: él compra y yo le vendo... ¿No es legal? Además, es hombre pa un servicio, y él mesmo se encarga de tuitos los papeles.

—Yo le decía, nomás... No hay tiempo que no se acabe... Me dolería ver el gringo refalándole los campos, que Dios no permita.

Una profunda arruga surcaba el rostro del estanciero.

—Si ansí juera—profería—en el mesmo resfalón no paraba hasta el campo santo.

Y luego, volviéndose hacia los suyos, que escuchaban aquella conversación con angustioso interés:

—¿Cómo iba, cabayeros?... ¡Aprieten, pues, los puntos juertes! Esta vez será de rondana, como el destino... ¡Cancha, amigo!... ¡Va el güeso!...



¡CANCHA, AMIGO!... ¡VA EL GÜESO!...

No escaseaban las virtudes en el alma de aquel hombre. Noble, hospitalario, sufrido, todas las cualidades que adornaron el espíritu de la epopeya gaucha movían su corazón en los actos más simples de su existencia. No era un accidente en la psicología gaucha: era un ejemplo, el mismo y penoso ejemplo que en las vicisitudes de la vida campera empaña la trascendencia del hombre simple y atávico, hundido en la ignorancia y confiando siempre en la prodigalidad de la naturaleza. Débil escollo que arrolla la avalancha progresista, las ruinas de la civilización gaucha robustecerán la materia con que ha de fabricarse el ladrillo de la ciencia y de la economía, sin que el más ligero átomo al desprenderse ocioso, pueda, ¡ay!, rememorar la carne y las lágrimas dolientes que amasaron la blanda pasta del barro criollo.

Bien lo explotaban sus compinches, jugadores sin escrúpulos, que después de devorar a la víctima se despedazaban entre sí. A él le hubiese repugnado fuera de aquel centro vicioso; pero en el juego todos gustan de la flema del mismo remanso...

Una tarde, de las últimas de aquel impúdico festín, cuando ya se disputaban las sobras con gustazo de carroña, alguien, tal vez un letrado, sujetó el tronco de su "charret" frente a la pulpería y preguntó por el estanciero.

—Está en la cancha.

Las mistificaciones del gringo llegaban a su término. Algunos años de sólida labor bastaron para minar la enorme fortuna... Desmoronábase el baluarte, en cuya torre flameaba aún la bandera descolorida del viejo señorío; y en la vorágine la ruina sorbía toda una grandeza, no ya demolida por el azadón laborioso, sino rindiendo las toesas de su feudo enervado a la expansión de la pólvora.

—Don Remigio—decíale el letrado.—De parte del juez, que vaya a las casas. Lo están esperando para hacer el inventario.

—Con que..., ¿el inventario?

El fruncimiento terrible del entrecejo surcó su rostro. Por un momento, entre aquella concurrencia, insensible a las emociones afectivas, nadie hizo un gesto. Don Remigio cumpliría su amenaza, y al pobre gringo no le valdría la superchería.

Pero don Remigio desarrugó el ceño, encogióse de hombros, y exclamó, lenta y amargamente:

—No pensaba perder esta parada... ¡Ánimo, cabayeros! Entuavía me queda el cinto y el facón, y son muchos riales... ¡Va el güeso!...



MACANITAS

UN LOCO

POR JOSÉ M. SIERRA

DIBUJO DE VÍCTOR MACAYA

Aunque es muy poca cosa,
por la estatura,
no tiene Bruno Truenos
mala figura,
porque el hombre es bastante
proporcionado
de perfil, por el frente
y... el otro lado.

Es una miniatura
de hombre perfecto,
pues ni en la cara tiene
ningún "defecto".
salvo las dimensiones,
muy deficientes,
de nariz, boca, orejas,
ojos y dientes.

Cosa que, a su hermosura,
no afecta nada
porque son de medida
proporcionada
como ya queda dicho;
mas, sus facciones,
no llenan el objeto
de sus funciones.

Su nariz huele a medias.
(bien entendido
que hablo de la medida,
lector querido,
del olor que percibe
con el olfato
por lo insignificante
de su aparato).

Es tan chica su boca
que tiene Bruno
que comer los fideos
uno por por uno.

Ve menos con sus ojos
(estando abiertos),
que con uno cerrado
verán los tuertos;
y en cuanto a las orejas,
cuales funciones
son servir de asidero
para estirones,
sólo con unas pinzas
de sacar cejas
puede agarrarse a Bruno
por las orejas.

Es, en fin, admirable
por su hermosura
este modelo de hombres
en miniatura
y puedo asegurarles
que es Bruno Truenos
una especie de Adonis
venido a "menos"...

Pues bien: el hombrecillo,
por el contraste,
con nada se conforma
que bien le baste
y hecho un puro adefesio
va siempre el pobre
por su afán de que en todo
más bien le sobre.

Lleva, tanto la ropa
como el calzado,
tan grande que parece
que lo ha heredado
de algún tío gigante,
pues bien pudiera
de un terno hacerse doce,
si lo quisiera;
y cuando va a acostarse,
si tiene prisa,
se sale por el cuello
de la camisa.

Todo lo usa tan grande
que, el mentecato,
hasta tiene una esposa
de gran formato,
y cuando sale Bruno
con su costilla,
mucha gente lo toma
por la sombrilla.

Los guantes que usa Bruno
para paseo,
más bien parecen guantes
para boxeo
y en su sombrero caben
cuatro cabezas...
¡Bruno tiene el delirio
de las "grandezas"!





JUAN SORDINA Y MINGO BATERIA EXPONEN SUS IDEAS ACERCA DE UNA ESTREPITOSA NOVEDAD PORTEÑA

POR

EL REPORTERO X

DIBUJOS DE VÍCTOR MACAYA

FRENTE al "choppe", ya demasiado frío, el repórter se tortura la imaginación en busca del tópico que ha de desarrollar para cumplir su cometido. Sin embargo, los minutos pasan yermos, entre sorbo y sorbo. No se le ocurre nada. Dijérase que en el cinematógrafo de la actualidad se han encendido de pronto las luces del intervalo. Y que, así, inútil será cuanto haga por hallar el asunto interesante que le permita dar una prueba, siquiera sea mediocre, de su habilidad periodística.

En el café, en que hay un extraño rumor de coctkeleras y de frases, las gentes beben y fuman. De fijo que hablan de meteorología, de política y de box. De todo lo architrillado, en una palabra. El repórter hace acopio de resignación. Apura su "choppe". Y se abisma.

Simultáneas, aunque indistintas, dos voces llenan, de repente, su oquedad. Juan Sordina y Mingo Batería están a su lado. Ambos parecen de mal talante. Sin embargo, le sonríen en el saludo, y se sientan a hacerle compañía.

Como a través de una niebla (que diría cualquier novelista cursi al hacer volver de un síncope al héroe de su obra), el repórter vislumbra el tema. Muy próximos, el obeso Juan Sordina y el menudo Mingo Batería, se lanzan miradas relampagueantes. El repórter adopta pose de árbitro, e interroga:

—¿Qué pasa?...

—Que Sordina... revienta un trueno...

—Que Batería... sueña un suspiro...

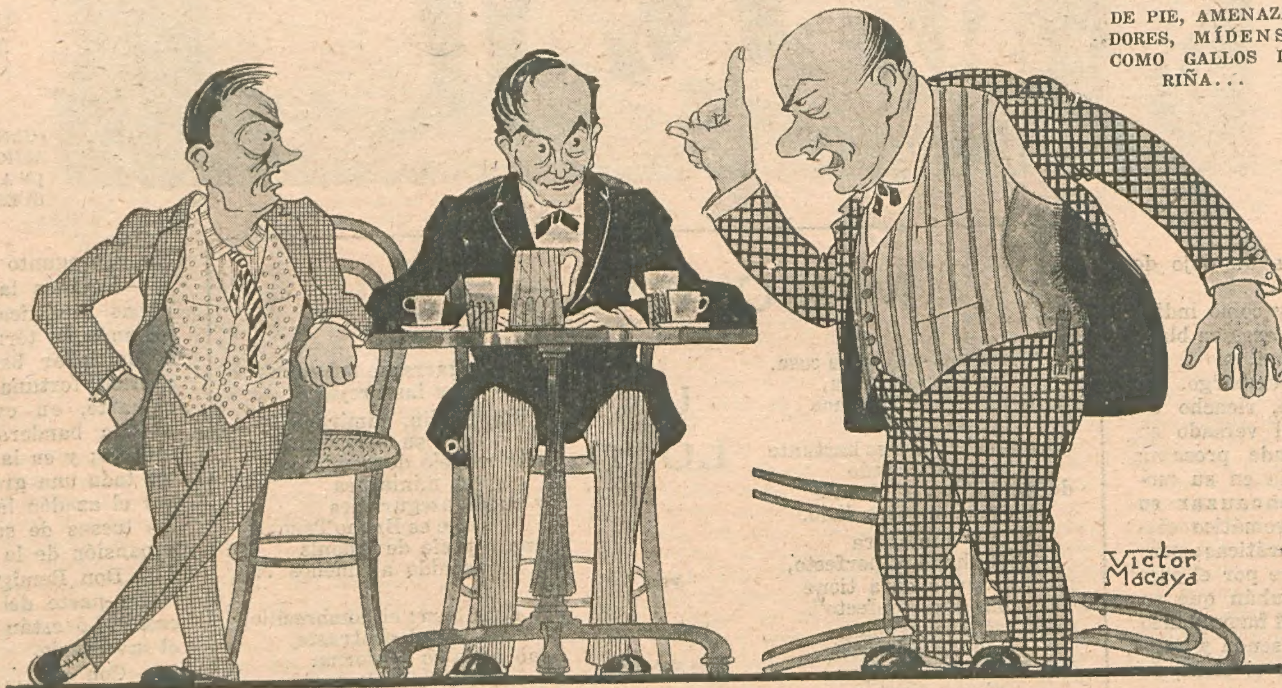
Se hace preciso poner orden.

—Por turno, amigos, o no nos entendemos — dice el repórter.—¿Tienen ustedes alguna diferencia?...

—¡Y bien profunda!... — melodiza blandamente Sordina. — Figúrese usted, joven amigo, que este caprichoso de Batería pretende convencerme de que una "jazz-band" vale por todas las orquestas sinfónicas del mundo. Asegura, además que los maestros italianos — Verdi, Puccini, Donizetti, Mascagni, — son unos niños de teta, comparados con los compositores de "shimmys" y de "fox-trots". A las modulaciones de la flauta opone los alaridos del serrucho, y al justo y medido compás de los timbales, el desesperante estruendo de la máquina infernal, que le es preferida porque lleva su nombre. Preconiza las excelencias renovadoras del contratiempo. Ama el resuello, el hipo, o lo que sea, de ese aparato que se estira y que se encoge, y sin el cual una "jazz-band" resultaría casi una ocarina. Opina que no hay cosa más necesaria y graciosa que maullar, bufar y expectorar en medio de un "shimmy" o un tango. Jura y perjura que sin el baile de San Vito, como complemento, no habría música que no pareciera hecha como para dormir niños. Trata de inculcarme que entre la armonía y el tembleque de los hombros hay una relación secreta y decisiva. Y porque le he dicho que todo esto no me parece sino una grosera caricatura de la verdadera música, se ha puesto a insultarme, hecho una verdadera furia. Creo que si no lo encontramos a usted, me toma por batería, y...

—No es cierto, anacrónico Sordina — barbota Batería.

— No lo crea usted, estimado repórter. Lo único que hay de verdad es que le he pedido que no sea bárbaro. El pobre cree que la gente está todavía para encantarse con la miel tonta de las óperas italianas, y porque yo trato buenamente de hacerle abrir los ojos, se vuelve lírico, melancólico, romántico, y entre macana de "Tosca", tontería de "I Pagliacci", y resobadura de "Cavalleria", le da a sus palabras un dejo tan despectivo, que, francamente, resulta inaguantable. Y esto ¿por qué, vamos a ver?... Pues, sencillamente, porque yo y todos los que amamos y entendemos a las "jazz-bands", hemos tomado algunos trozos, los menos malos, de esas y otras óperas, y los hemos remozado, prestándoles el alma moderna de la batería, del xilofón, del serrucho, y, lo que es mejor aún, de nuestras laringes, de nuestros músculos y de nuestra inquietud... Hemos animado a las momias, estimado repórter, hemos hecho una "girl" magnífica de Tut-ank-Amón, y somos, por eso, dueños de la alegría, del amor, de la vida, en síntesis... Somos forjadores del movimiento y del ruido; ensanchamos la carcajada; poseemos el secreto de la saludable contorsión; y puesto que nunca hacemos pensar, y en lo que tenemos de espectaculoso se cifra nuestro éxito, justo es que convengamos en que una "jazz-band" con tres o cuatro "shimmys", vale por toda la música de cámara y por todas las orquestas sinfónicas habidas y por haber... ¡Ah, estimado repórter, si usted supiera lo que experimento cuando tomo los palillos y, tras revolearlos, empiezo el contratiempo! Es algo glorioso, extraordinario, inexplicable... Un vivo deseo de moverme, de reír, de gritar... Una aguda necesidad de vivir...



DE PIE, AMENAZADORES, MÍDENSE COMO GALLOS DE RIÑA...

—En cambio, yo, con mi violín, me desmayo con "Traviata"... — musita Sordina.

—Pues, yo sudo con "Cuando Buda sonríe"...

—¡Ah!... Sentir la música..., hacer llorar al auditorio, mansamente, suavemente, dulcemente... Yo siento así..., yo hago llorar así...

—Pavadas... Yo me canso con "Yes, we have no bananas"; pero la gente se ríe. Y eso, no le quepa a usted la menor duda, es mejor...

—La melodía..., la ternura...

—El estrépito..., la pasión...

—Batería: es usted caprichoso...

—Sordina: es usted un pobre diablo...

De pie, amenazadores, mídense como gallos de riña. Preciso es separarlos y hacerlos salir del local, en el preciso momento en que, arriba, en el palco, estalla el trueno de un "shimmy" que antes fué opereta, y primero ópera...

PLEGARIA DELIRANTE

POR **AUGUSTO GONZÁLEZ CASTRO**

A UNA MUJER QUE NO DEBÍA SERLO

Porque eres toda llena de gracia como la Virgen del Milagro, mujer; por eso te quiero.

Porque ya antes de nacer, algo decía en mí que tú existías y que alguna vez habría de encontrarte. Porque tu corazón, urna de todas las bondades, puerto de todos los amores, llave de todas las dulzuras, es tan delicioso y tan sutil, que ni tú misma lo comprendes.

Porque nadie, jamás — entiéndelo bien, — logrará amarte como yo.

Porque a pesar de la vida — que siempre es dura y nebulosa, tú brillas como un dulce lucero lejano.

Porque tienes el prestigio de la primavera: la aristocracia de la rosa y la impecabilidad del lirio.

Porque eres medida y magnífica.

Porque tu secreto, que nadie supo nunca, es de seda y oro: suavidad y pureza.

Porque tienes la solemnidad de lo divino y la inocencia de los pajarillos implumes; el imperio de lo infinito y la candidez de las flores.

Porque aun en tus malos momentos perfumas de distinción y de confianza.

Porque eres la tangibilidad del sueño.

Porque posees la clave de la sonrisa gloriosa y el principio de la absoluta gravedad.

Porque eres la perfección del equilibrio.

Porque, sin provocar sordos apetitos, haces amar tu cuerpo nada más que porque es tu cuerpo.

Porque en ti la materia se perfuma de idealidad.

Porque eres la bienquerida de la luna.

Por lo próxima y lo inaccesible.

Por la cerebración ingenua y la profundidad inmensurable.

Por la línea sin tacha.

Por la complejidad y la transparencia.

Por lo humana y lo emperatriz; lo divina y lo esclava.

Porque eres tú; porque eres ella.

¡Por todo esto, mujer; yo, poeta; yo, filósofo; yo, hombre, te amo desesperadamente y depongo a tus pies, como una regia alfombra, el orgullo de mis alas inmensas!...

IMPRESIONES DE LA OTRA VIDA

POR

MONO SABIO

DIBUJO DE GEO A. STOCK

A las veintitrés horas del día quince de febrero del año del Señor de mil novecientos veinticuatro, me encontraba completamente muerto.

¿Cómo ocurrió tan sensible fallecimiento? Sólo recuerdo que aquel día, desde temprano, anduve desafiando impunemente la muerte.

Al salir de casa tuve una discusión acalorada con el encargado, acerca de las probabilidades del número 89 a la terminación de la grande que debía jugarse ese día. La oportuna intervención de un piano de estudio, que preludió "Los ojazos de mi negra", cortó instantáneamente la disputa y nos obligó a una fuga precipitada en direcciones opuestas. Luego, con la mayor sangre fría y sin vacilaciones, subí a un ómnibus que decía "Chacarita". Ahí estaba el destino inexorable de aquel armatoste desequilibrado: la Chacarita. ¿Se quiere una prueba de mayor valor y temeridad? Sin embargo, por una de esas aberraciones del destino de las cosas, volví de la Chacarita con vida, y lo que es más grave aún, con un apetito berlinés.

Una vez en el centro, almorcé en un "restaurant" de moda y, cruzando por las calles de más tráfico, fuí a consultar a un especialista en enfermedades del estómago. Decididamente, yo era un suicida. Con la receta en el bolsillo, me encaminé a un baile de sociedad, de esos que se epilogan con disparos de armas y concurrencia; pero no me ocurrió nada de notable, y a las veinte abandonaba, un tanto decepcionado, aquel lugar de esparcimiento pedestre.

—Bueno, pues—me dije;—ya que no es mi destino morir, no moriré entonces.

Y resuelto a cobrarle un mayor cariño a esta vida pintoresca, tuve la fatalidad de esperar un tranvía para retornar a mi domicilio. El tranvía no llegaba nunca. Mentalmente, iba haciendo una apología de la virtud de la paciencia, la más excelsa de las virtudes, sin duda. En seguida se me vino a la imaginación un argumento para un cuento, para dos, para tres. Por último, toda una novela. El tranvía no venía nunca. Por fin, vencido por las emociones, trajines y cansancio de aquel día memorable, me quedé completamente dormido al margen de la calzada. Entonces llegó el tranvía, colmado de pasajeros. El "mótorman" no paró en la esquina, ni reparó en mi modesta persona, que, como un ovillo, dormitaba apaciblemente, y me rebanó el cuello como a un pavo de Navidad. Ahí quedaron mis pobres restos mortales, triturados por las ruedas del acoplado, ese poderoso cómplice de las empresas de pompas fúnebres.

Recuerdo todavía la discusión animada que originó tan lamentable desgracia, entre los pasajeros del tranvía. Unos sostenían que era un pobre loco, un suicida; otros que me había matado por peludo; los más decían que yo "estaba bien muerto", porque no daba señales de vida. De allí me llevaron a la comisaría próxima, de la comisaría al Departamento Central, del Departamento Central otra vez a la comisaría, porque se había suscitado una cuestión previa de competencia jurisdiccional. Finalmente me condujeron a la Morgue. Sin duda había surgido alguna duda en el espíritu ecuánime del juez acerca de la forma en que yo había dejado de existir.

El velorio, en mi domicilio, fué consternador y patético. Lloraban al unísono la dueña de pensión, el sastre con la cuenta y el zapatero con los clavos. Un crítico eminente, que antes había sostenido en público que yo era una pobre mediocridad, afirmaba ahora, con énfasis, en círculo de admiradores del difunto, que "era una verdadera lástima mi temprana muerte, cuando prometía tanto mi genio". La escena se repitió en el cementerio del Oeste, y los discursos más sentidos fueron de los amigos que tenían esperanzas de reemplazarme en la Defensa Agrícola o en el Círculo de Autores Célebres.

Pero, gracias a Dios o al conductor despreocupado, había dejado por fin este mundo lleno de "miserabilidades patéticas", como dijo el Apóstol...

Ya colado en el otro, mi primera pregunta fué: "Y ahora, ¿dónde vas, viejo?"... Yo no era zonzo, y, después de orientarme debidamente, me encaminé derecho al cielo. Tenía vagas y someras ideas del lugar, por la Biblia, que leí en mi niñez.

Suavemente, di tres golpes discretos en una colosal puerta, tallada en roble macizo, con altorrelieves que representaban la expulsión de Luzbel. Nadie contestó a mi llamada. Se conocía que por dentro reinaba una paz an-



gelical... Volví a golpear con más energía.

— Golpeá que te van a abrir a esta hora—me respondió una voz gruñona de anciano. Sin duda era San Pedro, el portero celestial.

— Señor Pedro — clamé, — abra, por favor, que me muero de frío.

— ¡Qué rico tipo!—me contestó.—Si ya estás muerto, ¿cómo quieres morir otra vez?

— Es cierto— me había olvidado que era un difunto. — Perdone — balbucí, pero hágame el obsequio de escucharme dos palabras.

—Bueno, ¿qué deseas? — me interpeló malhumorado el gran cancerbero, abriendo con desconfianza una de las hojas de la puerta.

Sólo en ese momento me acordé que había olvidado mi pasaporte, mi cédula de identidad y el certificado de buena conducta. Estaba lucido. La falta de estos papeles me iba a cerrar para siempre la hoja abierta de la puerta celestial.

...RECUERDO TODAVÍA LA DISCUSIÓN ANIMADA QUE ORIGINÓ TAN LAMENTABLE DESGRACIA...

— Vea, señor don Pedro — proseguí con la mayor frescura;—yo no busco la gloria efímera ni la eterna. Vengo únicamente a consultar un caso extraño que no ha podido ser resuelto en la tierra. Se trata del arzobispado de Buenos Aires y de monseñor Andrea. Resulta que este santo e ilustre varón es y no es arzobispo de Buenos Aires. No es arzobispo porque el Sumo Pontífice no quiere que lo sea. Sus razones tendrá. Y es arzobispo porque el gobierno argentino quiere que lo sea. También sus razones tendrá. Mientras tanto, monseñor Andrea se encuentra entre la cruz y la espada, con cuatro renuncias rechazadas y un arzobispado vacante.

— ¡Hum! — exclamó el venerable anciano. — Es un caso difícil. Será cosa de consultar a San Agustín y Bossuet.

— Es lo que yo deseo — encarecí.

San Pedro había caído en el lazo, como un chiquilín. Aproveché su ausencia momentánea, para esconderme en el "hall", detrás de la estatua de San Luis. Cualquier día me iba a encontrar allí.

Cuando San Pedro volvió (al parecer con más dudas) aún), me buscó inútilmente, y, creyendo que yo me había marchado, cerró herméticamente la gran puerta del cielo. Estaba salvado.

Ahí van algunos diálogos sabrosos que escuché desde mi escondite:

TOC, toc, toc...

— ¿Quién es?

— Soy Voronoff, el sabio injertador de las famosas glándulas, que ha dado más hijos a la tierra que estrellas tiene el cielo.

— ¡Qué barbaridad! Y, ¿qué desea?

— Un poco de gloria celestial, porque la del mundo me sobra.

— Bastantes desgraciados ha llevado usted a la tierra con sus injertos infernales, para que pueda caber aquí con sus monadas.

AQUÍ estará Pedro.

— ¿Qué confianzas son esas?

— Soy el caballero Juanel, duque de Guzmán, heredero de la corona de Bariloche, miembro honorario de la Gran Cruz del Sur...

— ¡Basta!, ¡basta! Aquí no se admiten más pergaminos que el de las caras de las viejas muertas en olor de santidad. Id, pues, en busca de un reino donde haya Altezas y Quijotes.

SOY Marinetti, el gran futurista que ha revolucionado el arte.

— ¿Revoluciones dice? Vaya con sus drogas a Sud América. El cielo se hizo para los mansos de corazón y puños.

ME da permiso para entrar Su Señoría?

— Usted debe de haber salido de los infiernos, por la cara que trae.

— No, mi Señoría; soy el campeón de peso pesado del Senegal, caído en un "match" de box a quince "rounds", sin decisión.

— ¿Y a mí qué me cuenta?

— Que he muerto como un pugilista valiente, y vengo a reclamar el premio mío que merece mi hazaña.

— Usted ha muerto peleando, y las peleas no se premian en el cielo desde los tiempos de Caín. ¿Comprende, negro cimarrón?

QUIÉNES sois vosotros, que pretendéis profanar la augusta quietud de esta mansión?

— Somos delegados del Soviet Central de Leningrado.

— ¿Y dónde queda eso?

— ¿No sabe dónde está Leningrado? ¡Qué viejo ignorante! ¡Leningrado es Petrogrado, es decir, Pedro el Grande!

— Aquí no hay más Pedro el Grande que el que os habla.

— Ábranos la puerta, u otro gallo le cantará.

— ¿Amenazas a mí? Estáis arreglados. Lucidas quedarían las once mil vírgenes con semejantes forajidos. Largo de aquí o esta llave caerá sobre vuestras cabezas, abriéndoles una brecha parecida a la que ostenta la célebre campana de Moscú.

POR favor, ábrame la puerta. Soy un justo.

— Presente su salvoconducto.

— Aquí lo tiene. Está expedido por el señor párroco de mi aldea. En él consta que he vivido pacíficamente con mi suegra por el espacio de sesenta años, y que he fallecido sin dejar un acreedor.

— Muy bien. Adelante, y vaya a ocupar el departamento de los bienaventurados.

— ¡Al fin ha caído un justo al cielo! — exclamó San Pedro.

— ¡Al fin ha caído un tonto! — rectifiqué yo, dentro de mí.

CUATRO formidables palmadas de la sirvienta de la pensión, para preguntarme si deseaba el café con leche, me despertaron bruscamente.

¡A veces se sueña uno cada cosa!...

D. RAMON MARIA DEL VALLE INCLAN

POR

EDGARDO GARRIDO MERINO

QUIÉN no ha leído la prosa romance de este casticísimo estilista? ¿Quién no ha soñado, al margen de sus libros (aromados de arcaísmo), con aquel marqués de Bradomín, feo, católico y sentimental, y con la bruna y ardiente niña Chole?

Viejos abades cortesanos; rubias infantinas; dueñas maliciosas; señores de la Guardia Pontificia; escuetos lebreles y verdor de pinares y pomaradas forman el gobelino fastuoso de su "ópera-omnia". Un "jardín novelesco" en el que se contorsionan las figuras en un delineamiento torturado, como en un cuadro del Greco.

Su novelería es romántica, preñada de hazañas sutiles: copia de personajes hidalgos y picarescos. España pone en ella la prosapia de sus pergaminos, el herraje toledano de su carácter, la cera de su misticismo; Méjico le da desnudeces sensuales de mestiza condescendiente y un bravío perfume a selva, almizcle y sándalo. ¿Dónde empieza el alma del marqués de Bradomín? ¿Dónde acaba la de don Ramón María del Valle Inclán? Caminos son ellas que se abrazan y confunden.

Rubén Darío, en un bello soneto, hizo su retrato:

"Este gran don Ramón de las barbas
[de chivo,
cuya sonrisa es la flor de su figura..."

Soneto que acaba en estos dos versos simbólicos:

"Yo lo he visto arrancarse del pecho
[la saeta
que le lanzan los siete pecados capitales."

Bajo su barba de santón, su boca es sensual y pícara como la de un lobo. En sus nervios, templados y finos, vibra el acorde del laúd de Afrodita.

Sus quevedos inmensos (espejos de malicia en su rostro de asceta) y el estandarte de su barba antañona reclaman para su cuerpo el quimono de un mandarín de largas uñas o el pardo sayal de un agustino.

Galicia, la supersticiosa, y Castilla, la mística, le han dado su maligna mirada de brujo y esa su martirizada sonrisa de monje...

DENTRO del Madrid bullanguero, aquel café solitario era un rincón de provincia. Allí oficiaba don Ramón como el profeta de una religión ignorada.

En torno a su velador, siempre el mismo, agrupábanse los discípulos: escritores jóvenes de melena y chalina que hacíanle reír con sus arrestos iconoclastas. Uno de ellos, delicado y niño como un efebo, era el predilecto. Su valentía inconsciente y demoledora cautivaba al maestro. Nadie como aquel mancebo quemaba tanto incienso a Nuestra Señora Vanidad. Cuando arrojaba ideas en honor del marqués de Bradomín su cuerpo fingía la actitud de un discóbolo.

Y Valle Inclán aplaudía. Con los ojos, con su único brazo...

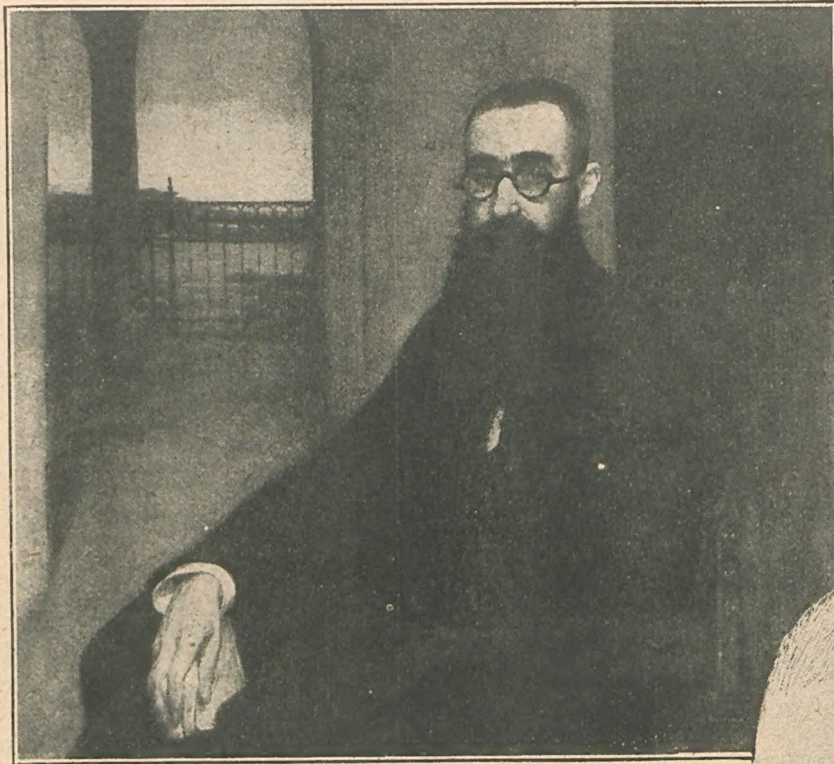
Le fuí presentado. Hablaba esa tarde de un viaje fantástico. Como un Simbad lleno de elocuencia, tembloroso el abanico de la barba e hinchada una vena sobre la frente, narraba las más peregrinas aventuras.

Cuando adolescente vagabundeó por toda Galicia. Nativo de aquella noble tierra de agros, sabía de todos los rincones de montaña, de todos los viejos caseríos, de todas las leyendas de trasgos y endriagos. Había dormido con pastores y luchado con lobos.

En un castillo de su familia había encontrado la más preciosa pinacoteca. Allí incunables, lienzos y esmaltes. En un viejo arcón dió con un millar de áureas monedas romanas. Con ellas costeó principescamente su primer viaje a América.

Conoció las Antillas. En Venezuela convivió con los indios caribes; en Colombia amaestró caimanes a las orillas del Magdalena... ¡Oh, los caimanes!...

Con qué donosura relataba el genial mentiroso la belleza del trópico: los bosques extraños, las praderas cubiertas de orquídeas, los árboles que envenenan con su sombra, los pájaros agureros... Y todo en un bello estilo, con chispazos geniales, con detalles que movían a espontánea risa. Esa tarde el maestro hacía gimnasia de ingenio.



DON RAMÓN M. DEL VALLE INCLÁN, RETRATO HECHO POR ANSELMO MIGUEL NIETO

Un escritor provinciano, nuevo en la tertulia, preguntó al autor de "Romance de lobos" el porqué era manco.

Don Ramón María sonrió sutilmente y echó atrás la cabeza, evocadora. Mesándose la barba de seda y con una seriedad pasmosa tejió una de esas absurdas historietas que él suele urdir con una gravedad pomposa y teatral.

—Fué una aventura sencilla, pero llena de íntimas vibraciones. Allá en Méjico. (Al hablar cecea con un pequeño silbo.) Iba yo por el interior de Guanajuato en compañía de una dama mejicana, a la que hacía galantes servicios, y de tres indios zapotecas que eran mi servidumbre.

"El espolique, mal intencionado o ignorante, nos extravió en la selva. Fué el caso que a los tres días se acabaron las vituallas y nos vimos en el duro trance de reclamar alimentos a la naturaleza. No existía en esos contornos caza menor, y si la había mayor era inalcanzable, pues desconocíamos el paraje. Aquello de comer raíces parecíame indigno.

"Uno de los zapotecas se llegó hasta mí:

"—Don Ramón María, ya no queda nada que echar a la olla. Anoche se acabó el tasajo...

"Miré a mi dama, que dormía fatigosamente, me hice cargo de la situación, y en un gesto espartano y elegante salí de la tienda, cogí el machete y me cercené el brazo...

"—Tómalo — le dije, — échalo al cocido..."

En la tertulia hay un estremecimiento de estupor y risa contenidos. Pero don Ramón, severo, inmutable, añadió, indiferente:

—¡Y puedo decir, que nunca me ha sabido mejor el puchero!

Después que la risa sofrenada estalló, riendo él mismo, se hizo taciturno.

Su voz, opaca y dramática, pintó cuadros que hubiera firmado Theotocópuli y tejió leyendas de miedo, leyendas edgarpoescas por las que desfilaron brujas, hidalgos, rapaces y mendigos...

Después ensalzó a Galicia; nos contó la vida y muerte de Curros Enríquez; nos recitó sentencias de los códices galaicos de Alfonso el Sabio.



UNA CARICATURA DE DEL VALLE INCLÁN, POR C. SIRIO

El autor de las "Sonatas" es tradicionalista, porque la tradición de España es una tradición de belleza.

—Soy carlista — me decía — solamente por estética. Me agrada la boina. Es una cresta pomposa que ennoblece. La blanca capa de los carlistas me retrotrae al imperio de una corte arcaica. Es sin duda el más bello disfraz político que ha existido...

Valle Inclán es soberbio. En su tertulia no se elogia a nadie, y sólo se oye su palabra. Pontifica. Chilla, destroza...

Su lenguaje está salpicado de crudezas, de truhanescos decires. Habla en epigrama, quevedescamente, con la picardía castiza de un escudero. Es doctor en el decir ático, y maestro en burlerías.

Mas, cuando abandona la sátira y la maledicencia para hablar de arte y de su "ópera-omnia" (así llama sus obras), su voz tiene la placidez de un remanso, y transfigúrase su rostro en un misticismo de aedo.

Su conversación, entonces, es cristalina como el agua de una alberca en la que las ideas son inquietos peces de oro y plata. Tal como la redoma encantada del marqués de Villena...

POR qué es manco, don Ramón? — le pregunté a su discípulo predilecto, mientras cenábamos.

—¡Ah, es muy sabido! Valle Inclán tiene el genio muy vivo. A quien le rebate una idea, le increpa. Es capaz de irse a las manos por cualquier fruslería. Tiene una sangre ardiente de señor feudal.

"Un día discutía con Manolo Bueno, el conocido crítico español. (El motivo no hace al caso.) Se encandilaron los ánimos, se apostrofaron. Valle Inclán alzó el puño. Manolo Bueno descargó su bastón sobre el gran estilista. El golpe, barajado por el brazo izquierdo, cayó sobre la muñeca. Un gemelo de la camisa se tronchó e hirió el brazo del autor de "Voces de gesta". Se separaron iracundos, y en todo Madrid se habló de un duelo...

"Valle Inclán era muy descuidado; no dió importancia a la pequeña herida, ésta se inficionó y, poco más tarde, no quedó otro remedio que amputarle el brazo. En la operación reveló su espíritu heroico. Se hizo operar sin cloroformo, así en frío, y para poder ver bien cómo le cercenaban el brazo se hizo afeitar la barba del lado izquierdo. No tuvo un ay, una queja.

"Manolo Bueno buscó luego la reconciliación. Fué a verlo después de operado. Y dicen que Valle Inclán tuvo un gesto pleno de hidalguía. Asomando sus barbas, por entre las revueltas sábanas, sacó el brazo y ofreció la diestra:

"—No te inquietes, Manolo. Aun me queda esta mano para estrechar la tuya. Somos buenos amigos...

"Y dicen que añadió:

"—He aquí cómo un garrotazo me ha convertido en un símbolo!"

Y era que en Valle Inclán repetíase Cervantes...

UNA mañana voy a verle. La casa del artista está decorada con un sabor monástico. Tapicerías de morado damasco, bargueños, sitiales, aguafuertes, porcelanas, dan a la residencia de Valle Inclán un prestigio en armonía con el estilo de su prosa.

Charlamos en el comedor, mientras él desayuna. Evoca su viaje a América del Sur, cita nombres y libros que aun no se han borrado en su memoria.

El ardimiento de nuestra juventud, curiosa y sedienta, encuentra en el maestro vencedor una quietud filosófica. Valle Inclán habla de la vida y del arte sin fogosidad, con cierta elegante indiferencia que a ratos me parece exagerada.

—Usted escribe poco, don Ramón. No produce como en años anteriores...

—¡Oh, amigo mío! Escribir es una vanidad propia de la juventud. De día en día me voy haciendo más quietista. Creo que es muy poco lo que he hecho en arte, y si esto es el resultado de unos años fogosos, en los que hacer literatura me divertía, pocos ánimos pueden restarme ahora. Después de "Visiones estelares", esas crónicas de la guerra, y si mi "Lámpara maravillosa" es la que, burla burlando, bajo la pintura de mi teorías de hoy, muy pocos he escrito. Ya no gozo, ya no disfruto al unir ideas y palabras. Eso ya no me divierte...

Y don Ramón sonríe suavemente, con una luz de lealtad en los ojos, que hace creer en un período teosófico

(Continúa en la pág. 28)

NUESTROS VIEJOS PERIODISTAS

ASPECTOS DE UN PASADO QUE DEBE RECORDARSE

POR **ERNESTO MARIO BARREDA**

CONTINUACIÓN DEL NÚMERO 695

ES evidente que el periodismo, para Roberto J. Payró, más bien que una vocación fué una necesidad. Está en completa desarmonía con su prédica de escritor: ¡no improvisar!

Y el periodismo es casi siempre improvisación.

Sin embargo, hay en su respuesta a Bartolito, la sarcástica resignación de todo literato, cuando se resuelve a producir para el periodismo. Era un muchacho, y quería ingresar en el diario de Mitre:

— Usted, ¿qué sabe hacer?

— ¿Yo?..., nada...

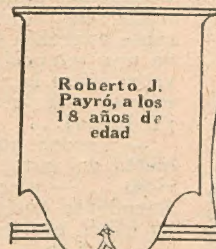
— Y, entonces, ¿qué puede hacer en el diario?

— ¿Yo?..., ¡todo!

Y así fué. Había ya hecho sus armas en la "Patria Argentina" de los Gutiérrez, donde ingresó en una especie de concurso. Su trabajo sobre la Escuela Veterinaria de Santa Catalina le abrió esas puertas, no muy holgadas que digamos, en lo que a la parte económica se refiere. Pero nadie ignora el heroísmo del principiante cuando aspira a escribir y a que le publiquen. Le animan las virtudes del estoicismo...

Naturalmente. Payró, como casi todo buen prosista, se inicia escribiendo versos. Recuerdo que los primeros versos de Payró los leí en el Almanaque de Prieto. Era yo un pequeñuelo, y me impresionó aquella poesía, donde se cantaba el dolor de un padre agobiado por el cuerpo de su hijo, que llevaba a enterrar. Desentonaba entre el romanticismo chirle de los demás...





Roberto J. Payró, a los 18 años de edad

Por aquel entonces había fundado "La Tribuna" en Bahía Blanca. La cosa duró algún tiempo, lo que podía durar en aquellos años por esos andurriales. Volvió a Buenos Aires, y al poco tiempo ingresó en "La Nación". Y hasta el día de hoy...

— ¿Dónde nació usted? —le pregunto.

— En Mercedes, por causas fortuitas, como verá. El año 1867 estalló aquí la peste del cólera, y las familias que podían huyeron al interior. Debido a esto no nací en Buenos Aires. He sido un ingrato con mi pueblo natal, al que no visité sino cuarenta años después.

Payró, detalle no frecuente, es de verba poco espontánea. Contesta a mis preguntas lo estrictamente necesario, y se calla en seguida. Parece más bien rehuir que anticiparse.

— ¿No tiene un cuestionario?... — Me interrumpe de golpe. — Es mejor... Yo quisiera dar algunas opiniones sobre nuestra literatura...

— Váyalas exponiendo... Le escucho con sumo interés—digo. Pero él calla, atusándose los bigotes. Se olvida o se arrepiente. Es mejor, también... Como Payró a pesar de su gran labor periodística, ha hecho una obra literaria de más trascendencia, a ella me atengo:

— Después de sus novelas y cuentos; después de sus narraciones..., ¿cómo le ocurrió a usted escribir para el teatro?

— Sucedió así: En mi libro "Por tierras de Inti" hay un episodio que me fué referido en Catamarca por la madre de Ezequiel Soria. Un escritor italiano, inspirándose en él, escribió una obra teatral, titulada "Il prezzo della canzone". Me la mandó. Al leerla, comprendí que no era eso lo que yo había escrito, y resolví expresarlo también en una obra teatral, que se llamó "La canción trágica", escrita en un acto. Cuando se representó, Basilio Cittadini aludió al parecido con la pieza italiana. Entonces le expliqué...

— ¿Cuántas obras teatrales ha dado usted a la escena?



Manuela Mónica Belgrano, hija única del general y madre de Carlos Vega Belgrano

— Cinco. La ya citada "La canción trágica", que representó Pepe Podestá: "Sobre las ruinas", y "Marco Severi", donde Jerónimo tuvo un papel tan descollante. ¡Lo hacía muy bien!... Luego, Borrás representó "El triunfo de los otros", y Gómez "Vivir quiero conmigo".

— ¿Cómo se llama su última pieza y qué compañía la va a representar?

— Se llama "Fuego en el rastrojo"... Todavía no sé...

— ¿Cuál de sus obras prefiere?

— La que voy a escribir...

Un nuevo silencio cae sobre el diálogo. Recuerdo que en Madrid le hice un reportaje a Rubén Darío, y algo semejante me ocurrió. Payró, como Darío, es poco accesible a la íntima confidencia. Si se le pregunta, responde; pero no le nace... Parece que hasta le disgusta.

— Usted fué muy amigo de Darío en Buenos Aires. Cuénteme algo inédito de sus relaciones.

— ¿Algo inédito?... Sí... Pero no se puede contar. Lo quise mucho. Era un gigante con alma de niño...

Como Payró ha vivido en Europa durante quince años, llevo el interrogatorio a través del océano. Pero casi todas sus impresiones ya las dió en numerosas correspondencias. De la guerra no quiere hablar; hay poco interés por saber algo más... La gente preferiría olvidarse, si fuera posible. Le cito su último trabajo sobre el duque de Alba y de la actual corriente de aproximación que belgas y holandeses han iniciado hacia los estudios hispánicos...



Roberto J. Payró, en la actualidad —¿Cuál de mis obras prefiero? La que voy a escribir.

— Es cierto... Allí queda aún mucha influencia, pero no he notado odio por la antigua dominación. Sólo la recuerdan los eruditos...

— Los escritores belgas ¿resisten la influencia francesa?

— Los flamencos; pero escriben en francés... Verhaeren mismo, que vivía en Saint-Cloud, en una calle que hoy lleva su nombre... Últimamente, visité allí a la viuda, me dedicó una tragedia del poeta y me regaló su retrato a pluma, hecho por ella. Vivían siempre juntos...

— ¿Así que su amor conyugal, tan fervorosamente cantado en el libro "Heures Claires", era real y sincero?

— Completamente...

Recordando mi gran amor por el gran poeta flamenco, del cual he traducido muchas poesías (una de ellas en que cita a Buenos Aires), le pregunto a Payró:

— ¿Conocía bien nuestra vida?

Se ríe antes de responderme:

— La ignoraba totalmente. Cuando le fuí presentado, me preguntó: "¿Ustedes hablan siempre el portugués?"

En seguida me lee la traducción que ha hecho de uno de sus últimos cantos. Payró se anima, por primera vez, recitándome los versos del poderoso flamenco, a cuya obra de fiebre, de dolor y de fuerza debe la poesía en lengua francesa su más alta expresión desde la muerte de Víctor Hugo.

Sobre la mesa se ven algunas cuartillas a medio llenar. La caligrafía de Payró es pequeña, pareja, sin una tacha en las líneas de impecable firmeza. Hay cierta placidez en esta escritura, y se lo hago notar.

— Es cierto..., el trabajo es mi alegría. Me duele mucho el producir, pero es mi felicidad... Dígalo esto.

Me acompaña hasta la estación. El pueblo de Lomas, en la mañana otoñal, es una delicia dorada y tibia. Payró me habla de su rincón en Bruselas, frente a un parque... Sí, la naturaleza estimula al artista. Hay que contemplar cosas bellas para escribir páginas hermosas...

CARLOS VEGA BELGRANO

EL desinterés en el periodismo; el entusiasmo puesto al servicio de nobles ideales. Así podemos definir a Carlos Vega Belgrano, el romántico director de "El Tiempo". Naturalmente, con ese programa, sostiene su diario durante quince años, y pierde con él una enorme fortuna. Y los gigantes siguen siendo molinos de viento, que no siempre muelen trigo limpio, mientras nuestro Quijote ve rota su pluma de luchador, como el caballero andante miraba el astil de su lanza después de la aventura famosa...

— Mi aventura de "El Tiempo resultó más cara, pues hoy día, sin ella, yo tendría diez millones de pesos... Demás está decir que nunca me produjo un centavo.

Sonríe plácidamente el nieto del general Belgrano, pues ya bien sabéis que desciende del prócer por línea recta. Su señora madre, doña Manuela Mónica, era hija única del vencedor de Salta.



Don Carlos Vega Belgrano, que fué director de "El Tiempo", y empleó su fortuna en un ideal de cultura y justicia

— Hablemos algo de usted, don Carlos...

— Yo soy el que dijo: la belleza no existe, sólo hay expresión. Siempre he sido partidario de la forma sintética; y cuando fundé mi diario, la implanté entre nosotros. Pero nuestro temperamento se resiste, por una tendencia a lo exuberante...

— A la exuberancia viciosa...

— Exactamente... De allí que mi libro de "Pensamientos" haya sido mirado entre nosotros con fútil ligereza. En Francia y en Italia no pasó así... Déjeme abrir esta gaveta, le mostraré algunas opiniones que conservo... Ésta es de Taine, usted ve, nada menos... Esta larga carta la firma Jules Claretie, y esta otra, tan afectuosa, la firma el noble De Amicis... Aquí aparecen unas líneas de Mantegazza, que tienen además el interés de estar escritas en español; lo hablaba y escribía muy bien Mantegazza... ¿Usted sabe que era

casado con una salteña?... Bien: aquí tenemos otra del gran Nabuco...

Tarjetas amarillentas, pliegos descoloridos, todos ellos ennegrecidos de firmes caracteres; unos pequeños, como diminutos zarpazos, donde se ve la garra del autor de "Los orígenes de la Francia contemporánea"; otros elegantes, de trazos sesgados, como escribía el tiernísimo autor de "Cuore", tan amado de los niños...

— Háblenos de sus primeras tentativas... ¿Era muy muchacho cuando empezó a borronear?

— Tenía trece años cuando, estimulado por Joaquín Rivadavia y Damián Centeno, fundé una cosita, que aparecía cada mes, titulada nada menos que "La Revista de la República"... Verá usted, mi amigo, qué ocurrencia de muchacho... Yo era una criatura, de pantalón corto y delantal... Mis compañeros, mayores que yo, me impelían a escribir, y, francamente, todavía no se me había desarrollado sino el afán de editar... Pero, para no hacer mal papel, un día, ya acosado, me fuí a la librería de Real y Prado y compré un estudio sobre la lengua griega, y copiando el capítulo que se refería a los dialectos, lo firmé con todo mi nombre y así apareció en la revista... A nadie le extrañó... Más tarde yo le preguntaba a Rivadavia: "Pero, dime, ¿no te parecía raro a ti que yo supiera tanto del beocio, del jónico y del corintio?..."

— Realmente — me respondió, — pero, ¿qué sabía yo del arte indio, en aquel artículo que había escrito, en colaboración con Michelet?

— Alguna tentativa más seria... ¿Cuándo empezó a escribir, sin que le llevaran la mano?

— El año 1873, ya había cumplido quince años, pues nací el 58, me inicié colaborando en "El Federalista", que dirigía Olegario Andrade. Luego, fundé "La Revista Literaria" en colaboración con Eduardo Holmberg, Gregorio Uriarte y Rafael Obligado... Alguna otra tentativa más, que yo no recuerdo, debió producirse antes de marchar a Europa... Todas, naturalmente, de muy corta vida...

— Y, ¿ese viaje a Europa?... Fué seguramente de estudio. ¿Dónde cursó?

— Primero en París, en la Escuela de Ciencias Políticas... Era una gran época: ya les he de escribir algo de todo eso... Asistí algunas veces a la cátedra de Renán... Después continué mis estudios en Alemania: en la Universidad de Bohn y Heidelberg... Ya en Berlín, más tarde, inicié mi carrera diplomática, como adjunto a la legación, que entonces desempeñaba Carlos Calvo... Mi consulado en Hamburgo llegó más tarde... Por cierto que de allí mandé numerosas correspondencias a la "Tribuna Popular"...

Momento de silencio en la dulce tarde otoñal. Vega Belgrano siente pasar una sombra sobre su espíritu, y me refiere una desgracia de familia que decidió su vuelta a la patria. La diplomacia había terminado. Empezaba el periodismo militante.

— En 1891 regresé, haciéndome cargo en seguida de la "Revista Nacional", que me dejó Adolfo Carranza... Tres años después fundé "El Tiempo", donde puse todas mis energías y una gran fortuna que había heredado... Fué el verdadero diario de la tarde, porque los otros salían a las doce, y el que por primera vez lanzó varias ediciones. Su primera campaña ruidosa la hizo contra el congreso, por un asunto sobre garantías de ferrocarriles. Fuí compelido a declarar ante una comisión formada por hombres como Indalecio Gómez... "Vengo — les dije, — traído sólo por el respeto que me inspiran sus nombres, pero en mi país hay jueces ordinarios, y a ellos sólo reconozco el derecho de juzgarme..." Se me puso preso. Fué, naturalmente, un triunfo periodístico. El local que ocupaba, veíase lleno diariamente por todo lo más notable. Me felicitaban, me animaban a persistir. Recuerdo que Mr. Mulhall, el padre, me trajo un gran ramo de flores. "Este ramo se lo traigo en nombre de mi señora..." Era un anciano de aspecto venerable... ¡En fin, que al ser puesto en libertad, casi lo lamentaba!...
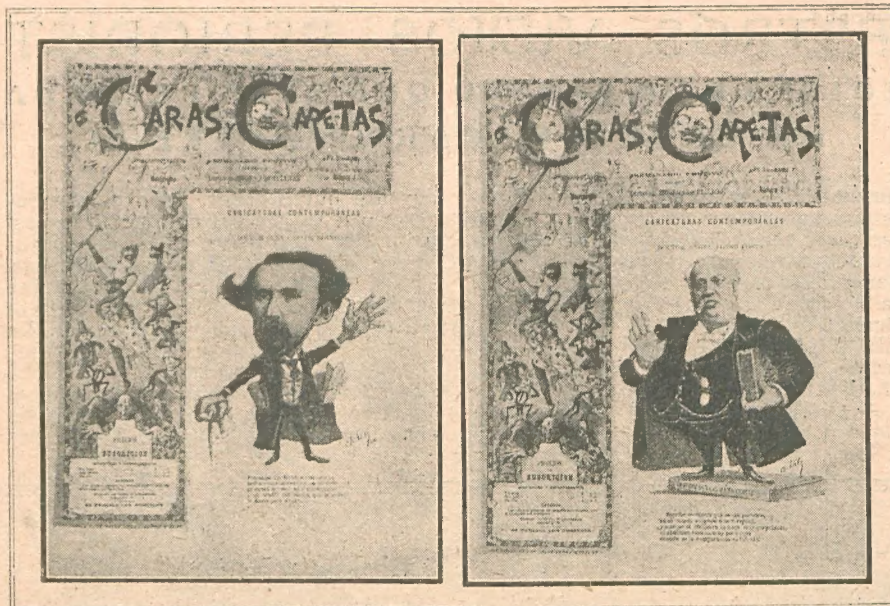
— Tengo entendido que su diario fué un refugio de las mejores plumas.

— Desde Lugones a Roque Sáenz Peña, puede afirmarse que todos los escritores han dejado huella de su paso por las páginas de "El Tiempo". Los pintores mismos realizaban en nuestro local sus exposiciones... Mi intención fué siempre fomentar un movimiento de cultura, de educación...

— ¿"El Tiempo" no fué, entonces, lo que se llama una empresa?

— ¡Qué esperanza!... Siempre rechacé toda insinuación extraña encaminada a ese fin... Era un error mío. Era una idiosincrasia de mi carácter. Una administración enérgica habría mantenido floreciente mi diario, pero me horrorizaba ante la idea de hacer de aquello un mostrador. Cuando empezó a caer, después de varias campañas ruidosas, lo sostuve por cariño y ánimo de luchar... Luego, también jugó el amor propio su papel, quizá pueril. Un día dije: ¡basta! Y cerrando la imprenta, me lancé a la calle, con mi eterno humor de filósofo y soñador.

Así termina Vega Belgrano, con plácida sonrisa melancólica. Un largo silencio... Estaba arruinado, pero no arrepentido. Y en el triunfo como en la derrota, se debe ser así, de una pieza...



Carátulas del 1º y 2º número de "Caras y Caretas", cuando apareció, por primera vez, en Montevideo, del 20 al 27 de julio de 1890, semana en que estalló la revolución en Buenos Aires

EUSTAQUIO PELLICER



Eustaquio Pellicer, el fundador de "Caras y Caretas" y P B T, es un abuelo feliz

El agudo autor de las "Sinfonías" me recibe en una pequeña sala, decorada de manera exquisita, con armas exóticas, acuarelas de mérito, algunas caricaturas.

Menudo y ágil, entabla en seguida la conversación, mientras me invita a descansar.



Eustaquio Pellicer, mirando un ejemplar de "Mundo Argentino"

— Nos sentaremos aquí, en este diván, y estaremos bien.

Efectivamente, el rincón, además de ser cómodo, tiene un aspecto decorativo por los dibujos de la cretona que tapizan con primor el asiento y la pared.

— Sí, estaremos bien, y en cierto ambiente Tutankamónico...

— No hay alusión, ¿verdad?

— ¡Ninguna!... Esto nos da, al contrario, un sello muy moderno... Pero, remontando hacia el pasado, ¿dónde comenzó usted sus primeras armas en América?

— En el Uruguay. Fundé allí un periódico que se llamó "Pellicerina"... Tenía caricaturas y vivió poco. Luego entré a escribir en "La Razón", con Daniel Muñoz... Sin embargo, la publicación ilustrada con caricaturas me atraía siempre, y fué así cómo, en unión del dibujante Schultz, fundé "Caras y Caretas" que, — usted ya lo sabrá — apareció en Montevideo durante su primera época.

— Algo había oído decir... ¿Tiene algún ejemplar a mano? Me gustaría echarle un vistazo.

Encuadernada en un grueso volumen, trae Pellicer una coleción completa. Este periódico me recuerda algo al "Mosquito" de Stein, que aparecía en Buenos Aires por aquellos años, antes del 1890. Sólo que "Caras y Caretas" iniciaba ya una marcada tendencia hacia la revista por su formato, dibujos, texto.

— Llegó a tirar hasta cuatro mil ejemplares, que se vendían al fabuloso precio de tres reales oro... Pero no había horizontes. El escenario era chico entonces. Me vine para aquí, sin que tuvieran éxito algunas tentativas que hicieron otros para continuar...

— ¿Se vino usted aquí con esa intención?

— No, precisamente... Vine a escribir en "La Nación". Por cierto que me inicié con una crónica monstruo, de nueve columnas, a propósito del naufragio de la "Rosales". Este nombre suscita en mí sombrías reminiscencias infantiles. Recuerdo a la madre del único oficial muerto en ese naufragio. Creo que se volvió loca de dolor.

— ¡Ah, sí!... Girard... Era hijo de un catalán...

Medita un poco, y dice después:

— Todo eso quedó siempre en el misterio. ¡Pero si el capitán Funes y los demás oficiales eran culpables, créame que su expiación fué terrible! Empezó en el mismo bote en que se salvaron. Veinticinco hombres en una lancha donde sólo cabían quince, luchando durante cuarenta y ocho horas, en medio de una tempestad. Cuando el mar los volcó sobre la playa, era tal su agotamiento que tres se ahogaron allí... ¡Y luego!...

— Verdad que un tiro sobre la cubierta del barco hubiera sido más glorioso... — afirmo yo, recordando que Sarmiento decía de los militares "que su oficio era morir".

— Así es... Y volviendo a nuestros petates, de mi trabajo en "La Nación" ¿qué le diré a usted? Tengo algunos recuerdos del general Mitre... Su figura es tan conocida, sin embargo, que poco nuevo he de agregar evocando algunos amaneceres, cuando al pasar por delante de sus habitaciones, ya de retirada, veíamos aún su lámpara encendida sobre la mesa de trabajo... Alguna vez me hizo el honor de invitarme a su mesa.

— ¿Y Bartolito?

— ¡Era una figura tan simpática!... Con él y José Alvarez, el popular "Fray Mocho", fundamos "Caras y Caretas" en su segunda época, la más lozana y la definitiva...¡Recuerdo aquellas vicisitudes!... Usted se asombrará si le digo que al aparecer el primer número, no había más que ciento veinticinco pesos en caja... A las pocas semanas girábamos sobre miles. Lo dibujaba Mayol, que entró también a formar parte de la sociedad. Por no poderle pagar el sueldo que pedía, lo hicimos nuestro socio...

Calla por un rato, haciendo varios gestos de perplejidad. Luego agrega:

— Mi separación, luego, de la empresa, ya es conocida, lo mismo que la fundación de "P B T", poco tiempo después... Historia periodística de ayer...

— ¿Por qué salió de "P B T", y a qué debióse su inesperada tentativa de agricultor, ganadero?...

— Salí porque se vencía el contrato

(Continúa en la pág. 23)

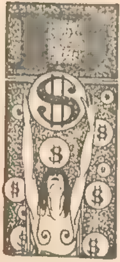
LA FIJA

CUENTO

POR

JOSÉ Mª BARRETO

DIBUJO DE C. DÍAZ



OS y dos al 5 de la primera; si se hace, todo por mitudes al 1 de la quinta, y si hay plata, ganador derecho a la fija de la última, Torbellino II, que no puede perder. ¿Estamos? Nos levantamos unos pesos, y farra corrida para cuatro. Venga la "guita."

Unánimente fué aceptada aquella proposición de tan halagüeñas perpectivas, y, uno a uno, todos fuimos depositando, sobre la pequeña mesa que marginábamos, la cantidad que nos correspondía para llevar a cabo la apuesta.

Eramos cuatro muchachos, dados, con el entusiasmo propio de los años juveniles, al *fomento de la raza caballar*, que por aquel entonces, había convertido la ciudad en una gran casa de juego, a cuya influencia muy pocos podían substraerse.

Reunidos en torno a la mesita familiar del viejo café donde éramos infaltables, nos pasábamos las noches enteras, de lunes a sábado, haciendo diversos comentarios sobre la *chance* de tal o cual caballo en determinada carrera. Y era de ver el entusiasmo casi religioso con que hablábamos del favorito que nos defendería la plata, y que, las más de las veces, nos dejaba sin un centésimo para el consumo del modesto café, que nos daba derecho a reunirnos en el sitio de costumbre.

Poco sabíamos de los sucesos que agitaban la vida diaria, y ningún acontecimiento, por importante que fuera, podía desviar nuestra pasión, ¡siempre triunfante!, hacia los *dos y dos* reglamentarios con que iniciábamos nuestras redoblonas, ¿pero qué *performances* de caballos con su sucesión de tiempos marcados y dividendos remunerativos, ignorábamos nosotros? Era tanta la influencia que ejercíamos dentro de la muchachada carrerista, que con frecuencia llegaban a consultarnos sobre los más probables ganadores, y siempre nuestra opinión era temida y respetada.

En fin; éramos la encarnación viva de la juventud de aquella época lejana, que me he propuesto recordar, para narraros un suceso breve y triste, que, pese a mi frialdad aparente, dejó en mí una huella profunda de dolor.

¿Os dije que éramos cuatro? Sí; cuatro muchachos inseparables, a quienes unía una amistad sincera, muy común dentro del ambiente en que actuábamos.

De todos, el más apasionado por el juego era Enrique — a quien, por su escasa suerte, llamábamos "jettatore", íntimamente, — un muchachote robusto y lampiño, para quien parecía no tener otro motivo la vida que la reunión hípica, a la que no faltaba nunca, en busca de emociones fuertes que sacuden los nervios, como decía él con aquella sonrisa que todavía no he podido olvidar.

— ¡Adiós, Enrique! ¿Vas a sacudir los nervios o el bolsillo? — bromeaban sus amigos, al verlo tomar el tranvía que lo conduciría al hipódromo.

Él sonreía y contestaba con un "hasta luego", internándose en el vagón, donde tomaba asiento para dar un último repaso al programa de aquella reunión.

CORRIA el mes de abril. Una temperatura deliciosa levantaba el espíritu caído, haciendo más llevadera la vida. Todo parecía contribuir a embellecerla, poniendo una nota original en el ambiente: las flores, su perfume y su policromía; los pájaros, sus trinos; el sol, sus tibios resplandores.

Sin embargo, era aquella una belleza triste, belleza de otoño, que nos va preparando para soportar con resignación al tirano heresiarca que hiela los cuerpos y las almas con el frío y la monotonía de sus días grises, interminables...

Era día de elecciones aquél, y por toda la ciudad se agitaban banderas, y se escuchaban por igual músicas destempladas y gritos desaforados. Las calles, concurridísimas, eran recorridas velozmente por gran cantidad de automóviles que llevaban ciudadanos a las urnas. El *pueblo soberano*—como rezaban los innumerables carteles de propaganda electoral distribuídos por doquier — intervenía con entusiasmo en aquel *torneo democrático*, donde *se jugaba la suerte del país*, y, como era natural, sólo se oía hablar de programas políticos, de altos principios y de pureza de ideales.

Verdad era que, pasado aquel instante de fervor político, cada ciudadano se daba por entero a la inercia habitual en materia de normas de gobierno, sin preocuparse jamás de controlar la acción de sus representantes, no obstante



lo cual — según ellos, — votaban a conciencia.

CON CARA DE CIRCUNSTANCIAS Y LA VOZ VELADA POR LA EMOCIÓN, EL MOZO SE INCLINÓ JUNTO A MÍ...

Enrique y yo aguardábamos, en el café, la llegada de los otros compañeros. Contra nuestra costumbre, no hablábamos ese día de carreras, y Enrique permanecía grave y silencioso, lo que yo atribuía al decreto que, durante ese día, mantendría cerradas las puertas del hipódromo.

El silencio se prolongaba en torno nuestro. De pronto, mientras yo me entretenía en jugar con el gato de la casa, mi amigo empezó a hablarme. Su voz era pausada, solemne. Aun me parece escucharle. Estaba serio, con una seriedad desconocida en él. Os juro que aquello me produjo muy mala impresión, pero hice un esfuerzo y pude disimular.



Demasiado joven para creerlo un filósofo y en muy grave actitud para parecer un poeta, su aspecto era el de un hombre anormal.

Me contó toda su vida, deteniéndose, con una voluptuosidad de borracho, en los más pequeños detalles. Aquello me pareció horrible, no obstante ser una historia vulgar, una de esas tantas tragedias silenciosas del alma humana, que permanecen ocultas e ignoradas como sus dueños.

No riáis nunca cuando escuchéis decir que cada ser es un mundo. No es una frase, es una verdad.

Enrique me contó su vida.

¿El amor? No; os equivocáis. No es una novela de amor. Enrique era un muchacho fuerte, en quien no podía hallar acogida el histerismo amoroso. En la historia de su dolor no había un solo nombre de mujer. Amaba, sí; pero el amor no era para él motivo de pena, sino de dicha. Su historia era otra. Era falsa su gran pasión por el juego. Nos había engañado. Ocultaba bajo aquella ficción su amor al arte, por temor a nuestras burlas de hombres mediocres. Su ardiente vocación por la pintura había nacido en él un día que, siendo niño, visitó con su madre una exposición de cuadros. Desde aquel día — ¡con qué nostalgia lo recordaba! — invertía todos sus ahorros en los materiales necesarios para trazar las primeras líneas imperfectas, que más tarde un viejo artista había dirigido, logrando hacer de aquel joven su discípulo preferido.

¡Cómo era feliz su existencia! Pero, ¡ay!, muy pronto el dolor señaló su vida con un signo indeleble. La muerte se había ensañado con los seres más queridos. Uno tras otro, en el espacio de muy breve tiempo, sus padres habían desaparecido para siempre. Rota la armonía del hogar, empezó el éxodo: todos sus hermanos se dispersaron, y él quedó solo, con sus pinceles y sus cuadros.

Pobre y de talento había nacido. ¿Queréis cosa más triste que la miseria de un hombre inteligente? Tal fué su situación al perder a sus padres, y pronto comprendió que en aquellas condiciones su triunfo era imposible.

Jamás la sociedad da importancia a las ideas o a las obras de un descamisado.

Él lo sabía, y deseando llegar al nivel social de los que le combatían sin conocerle, para ser discutido, abandonó su arte y se lanzó de lleno a la conquista del oro, a la vida material de los hombres vulgares, con la esperanza de asegurarse una renta que le proporcionara la libertad necesaria para volver a la obra abandonada, y con ella al triunfo definitivo.

La conquista de lo material para el triunfo del ideal, tal era la doctrina puesta en práctica por él cuando mis otros compañeros y yo le conocimos.

Férrea había sido la lucha. Después de vencer, no sin gran esfuerzo, el asco que le proporcionó al principio el contacto con el vicio y el crimen (que por todo había pasado), tras de mucho servilismo y traiciones infames, había triunfado al fin, conquistando para sí el maravilloso instrumento, cuya posesión realza nuestra personalidad y abre a nuestro capricho todos los caminos de la vida.

Ahora era preciso reaccionar, volver sobre sus pasos. Intentó hacerlo, pero ya era tarde. Con la dignidad, la vocación había muerto.

Era vencedor y vencido.

¿Es que fué débil o no había sido lo suficientemente puro internarse en el lodo sin manchar su pureza?

¡Ah!, él lo había dicho: No hay nada que resista la fuerza poderosa, arrolladora, del mal, cuando nos confundimos en él por cualquier causa.

Cuando terminó de hablar, reclinó la cabeza cansada entre las manos, y me pareció que sollozaba.

Anochecía, cuando llegaron nuestros amigos, a quienes, para no prolongar una situación embarazosa, se me ocurrió invitar a un corto paseo, a fin de cenar juntos.

Salimos. En las calles continuaba aún el griterío d elos ciudadanos, festejando de antemano el triunfo de sus partidos.

Sobre la turbulencia de la ciudad, la noche iba dejando caer sus sombras lentamente, y las primeras estrellas, titilando, parecían hacernos señales, invitándonos a su fiesta de luz.

LA noche siguiente del día aquél era una de esas serenas noches del otoño montevideano, con una luna muy grande, de faz cadavérica como la cara de una muchacha tísica.

En las calles aun duraba la efervescencia política del día anterior, y, viejos y jóvenes, mujeres y niños, todos comentaban, a su manera, ya en las puertas de las casas, ya en las esquinas, el triunfo o la derrota de los candidatos.

Luego de unas vueltas por los parajes principales de la ciudad (era interesante el espectáculo que ofrecía el pueblo aclamando a sus elegidos), dirigí los pasos al café, donde, por lo menos, junto a los muchachos, no se hablaría de política.

El café estaba casi desierto. Uno que otro parroquiano, esparcidos por el espacioso salón, leían las noticias del diario, con el interés y la religiosidad de quienes nutren sus cerebros de arcilla al contacto de la prensa partidaria. Mucho me extrañó no encontrar allí a ninguno de mis compañeros, pero no bien me hube sentado, se me acercó el mozo para darme a conocer el motivo de aquella ausencia.

Con cara de circunstancias y la voz velada por la emoción, el mozo se inclinó junto a mí, deslizando a mi oído la triste noticia:

— ¿Sabe que acaba de suicidarse su amigo Enrique? Los muchachos fueron para allá.

No sé qué raro presentimiento me había asediado al penetrar en el café, pero lo cierto fué que aquella noticia, que en otro instante me hubiera hecho estremecer de emoción, no me produjo, entonces, la más leve sorpresa. Parecía que lo adivinaba, que lo esperaba.

Por eso, sin inmutarme lo más mínimo, exclamé, con una tranquilidad digna de mejor causa:

— Era una fija.

Y abriendo el diario me puse a leer la crónica de carreras, ante la estupefacción del mozo, que desde aquel día me miró como a un monstruo.

LA PAGINA DE LAS CURIOSIDADES

Un medio muy cómodo para rezar y cumplir las prácticas religiosas entre los budistas del Tibet, consiste en utilizar un aparato. Tiene forma de tonel y gira alrededor de un eje hecho de una especie de cartón constituído por millares de hojas de papel en las cuales se ha escrito las plegarias más usuales. Se le da un manotazo y el tonel se pone a dar vueltas durante larguísimo rato. Se supone que, entretanto, recita las preces que lleva escritas y las dice en favor del individuo que lo puso en movimiento.

La más antigua de las razas africanas existentes es la de los pigmeos, pueblo nómade de cazadores, cuyos individuos, de pequeña talla, semejan monos. Creen en un solo Dios y en la resurrección del alma y del cuerpo.

Tanto en la India como en el Brasil se encuentran piedras flexibles. Estas contienen cierta proporción de mica, pero no es a este elemento al que deben la propiedad de doblarse, sino al cuarzo, cuyas partículas están unidas a otras como bisagras, con espacios entre unas y otras. Aun cuando estas piedras son flexibles, no se rompen.

Creso, rey de los lidios, el de la proverbial riqueza, creó las monedas de oro. Sólo se conocía un ejemplar deteriorado de una moneda de oro de Creso. En una reciente excavación realizada para descubrir los restos de Sardio se descubrieron treinta más.

Los árboles de la familia de las palmeras son los que tienen más grandes las hojas. La de Ceilán, llamada "talipot", tiene hojas de siete metros de largo y seis de ancho.

El director de correos de Estados Unidos calculó últimamente en 70 millones de dólares la pérdida anual que ocasiona al Estado la ignorancia del público, es decir, los inconvenientes y pérdida de tiempo que significan las malas direcciones en las piezas postales.

Además de la caña de azúcar y de la remolacha, hay 192 plantas que contienen azúcar, pero comercialmente no sirven para extraer este producto alimenticio.

El yatay es un árbol del género de las palmeras que crece en Entre Ríos, Corrientes y Sud de Misiones. Sus abundantes flores amarillas son continuamente visitadas por las abejas. Al caer las flores aparecen unos frutos que adquieren luego el color y casi el tamaño de los damascos. Con el nombre de "coquitos" son muy buscados por los niños, debido a la pulpa dulce y azucarada que ofrecen.

El nombre "gripe" deriva del francés "grippe", catarro pulmonar epidémico; derivado del verbo "gripper", agarrar, asir, prender, díjose así porque contagia a muchos, agarra, prende a grandes muchedumbres.

Los indígenas de Nueva Zelandia creen que las enfermedades son provocadas por el "Atna" que, cuando está irritado, llega en forma de lagarto, se introduce en los cuerpos y devora los elementos vitales hasta que perece el enfermo. De aquí que usen encantamientos para aplacar a la divinidad irritada y poderla expulsar antes de que el paciente sucumba en sus garras.

El puente de Tocalla, sobre el Pilcomayo, en el camino de Potosí a Sucre, es realmente notable. Es una obra tan atrevida y difícil que la tradición la atribuye al diablo. Tocalla es voz quichua que significa muchacho y, por extensión se aplica a los "golfos" callejeros de Bolivia.

Los sapos demuestran poca inteligencia. Si se pone en su camino un carbón encendido, el animal se lo traga, creyendo que es una luciérnaga. Tal equivocación es bastante natural, pero el estúpido batracio no escarmienta, ni parece darse cuenta del engaño, pues se traga una segunda ascua y una tercera con la misma voracidad. Su avidez es tan grande, que por el placer de satisfacer su glotonería olvidan la quemadura.

La voracidad de los indios lenguas del Chaco es extraordinaria. Refiere un autor que llegados a un campo siete indios en una canoa, en la cual traían dos carpinchos y cinco yacarés que habían matado, pidieron permiso para descansar y comer lo que tenían. Veinte horas después, solamente quedaban dos colas de yacaré y dos cabezas de carpincho que guardaban para sus mujeres.

La inteligencia de los monos no les alcanza para desatar un nudo. Si se ata un mono con una cuerda sujeta con el nudo más sencillo, no sabe soltarlo como no sea rompiendo la soga con los dientes o con las manos. Para desatar un nudo hace falta observación y raciocinio, y aunque los monos poseen ambas facultades, no se hallan suficientemente desarrolladas para permitirles vencer la dificultad.

En Nueva York una joven presentó una demanda por daños y perjuicios contra su novio por incumplimiento de palabra. Lo original del caso es que el novio no podía cumplirla porque era una mujer que se había hecho pasar por hombre durante mucho tiempo.

El "Ku-Klux-Klan", la misteriosa sociedad, fué creada en los Estados Unidos hace unos cincuenta años.

Para ganar una apuesta, cierto pianista norteamericano estuvo tocando el piano, sin interrupción, durante sesenta y cinco horas, veinticinco minutos y treinta segundos.

No puedo ir porque no tengo zapatos, contestó el insigne Adamson, cuando el Instituto de Ciencias de París le llamó a su seno por considerar maravillosa su obra titulada "Plan sobre el orden universal". Tan sencilla respuesta se presta a grandes reflexiones sobre la suerte que cabe a los genios.

Las fotografías de la superficie de la Luna tomadas con telescopios provistos de aparato fotográfico permiten distinguir claramente toda desigualdad del suelo lunar que tenga por lo menos cuatrocientos metros de diámetro.

Un admirador de Beethoven, que tuvo la suerte de visitarlo en su casa, refiere que vió lo siguiente en la habitación en que lo recibió el genial misántropo: ante todo, el mayor desorden, en el suelo, manchas de agua; un piano de cola, viejo, cubierto de polvo y partituras; debajo del piano, un vaso de noche, a un lado, una mesita de nogal cubierta de manchas de tinta, de plumas sucias y papeles de música; en las sillas, casi todas de paja, había prendas de vestir y platos con restos de comida.

En las fábricas de marfil no se desperdicia nada; el polvo y las virutas se queman y con ellas se hace el llamado "negro marfil" que se utiliza en pintura.

Debido a la escasez de viviendas en Inglaterra, se ha propuesto que los monitores sobrantes de la escuadra fueran utilizados como habitaciones.

Por cada millón de toneladas de carbón que se extrae de las entrañas de la tierra, mueren cinco hombres por accidentes de trabajo y se hieren unos 550.

Cuando fueron descubiertos los diamantes del Brasil, todo el comercio mundial de piedras preciosas se coaligó para atribuir a los nuevos diamantes un valor inferior a los de la India. Mucho trabajo costó vencer este absurdo prejuicio entre los compradores.

En el Nilo superior se demuestra admiración por alguien, abriendo completamente la boca y tapándola con la mano derecha. Se asegura que en una tribu de esquimales es costumbre tirar a una persona de la nariz como un cumplimiento. Poco agradable debe resultar esta demostración, por fina que sea entre los esquimales.

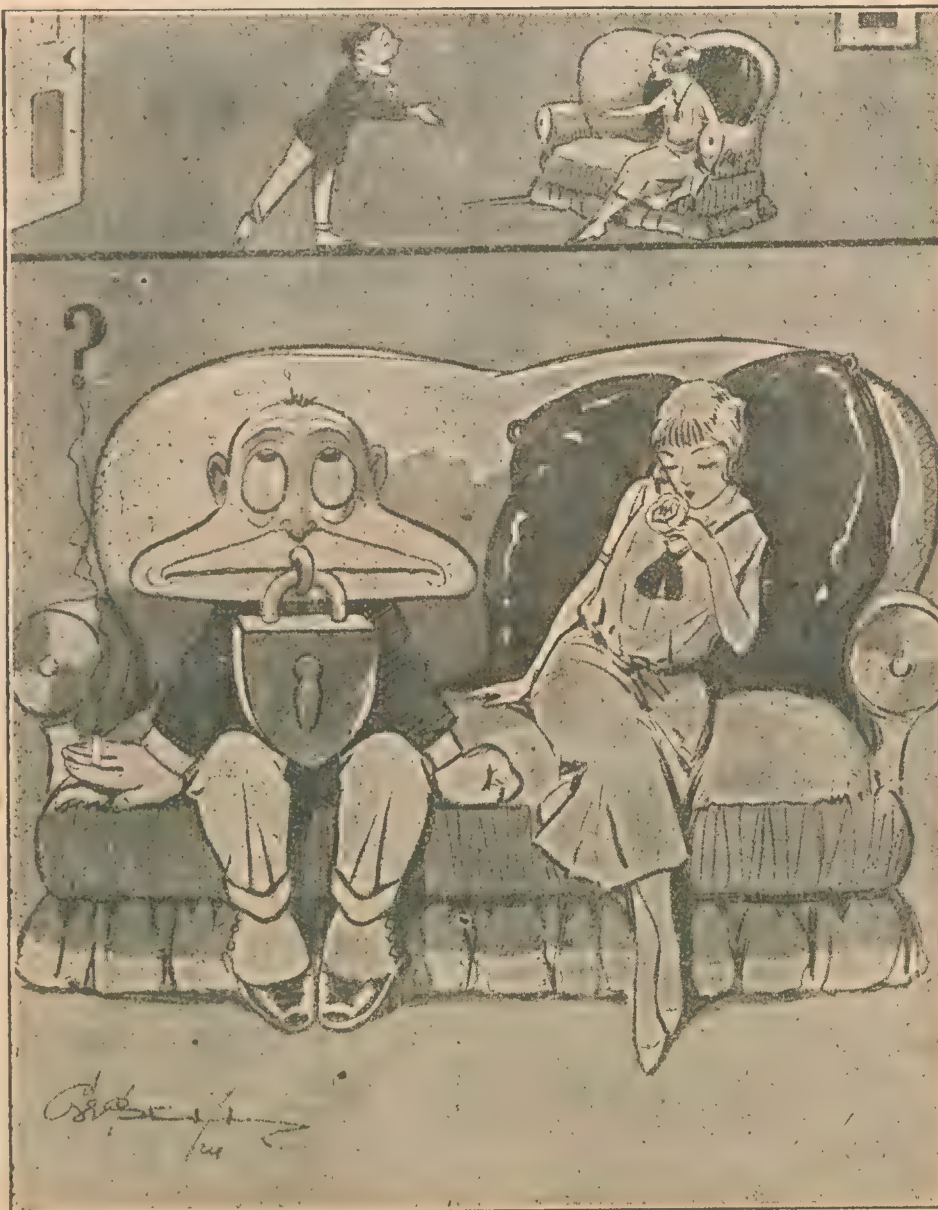
Buena parte de los australianos son incapaces de comprender las representaciones artísticas más claras. Enseñándoles una gran estampa luminada que representaba un indígena de Nueva Holanda, uno declaraba que era un barco, otro que un canguro y así sucesivamente, sin que uno solo, entre doce que había, descubriese en el retrato ninguna conexión con el mismo. Comprenden solamente los dibujos groseros, donde aparezcan muy exageradas las partes más pequeñas; de modo que para darles una idea del hombre, hay que dibujar la cabeza de un tamaño desproporcionado.

La más notable de todas las hormigas es la de Méjico, llamada también hormiga agrícola. Por inverosímil que parezca, este insecto no sólo recoge granos para almacenar en su nido, sino que los siembra y riega cuando están en sazón; en una palabra, practica la agricultura y, como previsor agrónomo, adopta en las diferentes épocas del año todas las disposiciones que exige la planta que cultiva.

No son exigentes respecto a la materia de sus adornos en el archipiélago de la Luisiada. Gillyway observó varios brazaletes, hecho cada uno de una mandíbula inferior humana atravesada por una clavícula; y otros viajeros han visto llevar con mucha gravedad y orgullo anillos de cortina, chapas de cerradura, tapas de latas de sardinas y otros objetos igualmente extraños.

El actual Pontífice de la iglesia católica ha sido, en sus días, un ferviente alpinista que no sólo se ha contentado con experimentar el placer de las excursiones y de los paisajes, sino que ha tenido el prurito de las alturas y de los caminos inéditos, legándonos recuerdos literarios de sus andanzas.

LOS MARTIRIOS DE LA CORTEDAD



La sensación de mutismo que se experimenta cuando con sólo pronunciar unas simples palabras se podía ser el hombre más feliz de la tierra.

Notas Gráficas de la Semana









1. - **En honor de los campeones ciclísticos**, que intervendrán en las próximas olimpiadas en representación de la Argentina, se celebró el domingo pasado un festival en el Velodromo Argentino

2. - **En el final del campeonato de lawn tennis del Río de la Plata.** - W. Robson venció a Carlos Morea en un match en el cual desarrolló un juego brillante, especialmente en los últimos "sets". En el partido jugado por el título de campeona del Río de la Plata, venció la señora Lily Moss.

3. - **El nuevo campeón rioplatense W. Robson,** rodeado de algunos amigos después de su lucida actuación frente a un fieldlista de las condiciones de Carlos Morea.

4. - **Los conscriptos de la clase de 1894** en compañía de sus exjefes celebraron el sábado con un banquete de camaradería, el 10° aniversario de su incorporación al ejercito y la participación en las maniobras de otoño, de 1924, efectuadas en el Rosario.

FOTO LOUZÁN

LA "MISE EN SCENE" EN EL CINEMATOGRAFO





Dos interesantes escenas del film "Sacrificio de Amor", en el que interviene con gran éxito la renombrada estrella cinematográfica Lucy Doraine. Como puede verse por ambas fotografías, esta obra está presentada con el más exquisito gusto, y en su transcurso se desarrollan tan atrayentes escenas como las que reproducimos

LA VISITA DE LA NAVE "ITALIA" AL RIO DE LA PLATA



El segundo introductor de embajadores, señor Adolfo J. de Urquiza, acompañado de los miembros de la comisión de recepción, aguardando en el puerto el arribo de la nave italiana.



En el momento en que el buque exposición hace su entrada en nuestro puerto.



De Montevideo: Cabecera de la mesa, durante la realización del banquete ofrecido por el ministro de Relaciones Exteriores a las autoridades de la nave exposición, a su paso por esta ciudad.



Un tractor mecánico que figura en la exposición a bordo del "Italia".



Parte de los miembros de la embajada que vino a bordo del "Italia", presenciando las carreras celebradas en el hipódromo de Maroñas, de la capital de la república hermana.



El saludo fascista en la Argentina. — Italianos residentes en nuestro país saludando a la manera de Mussolini a sus compatriotas los tripulantes del buque italiano, a su llegada a la Darsena Norte.



Las autoridades uruguayas a bordo del "Italia", momentos después de haber éste fondeado en el puerto de Montevideo.



El príncipe Humberto de Saboya, heredero del trono de Italia, que visitará la Argentina en el mes de agosto próximo, y a quien el pueblo de la República agasajará con festejos extraordinarios.



Público que asistió a la ceremonia realizada en el Hospital Italiano de Montevideo, con motivo de la entrega de una urna con tierra del Carso.

FOTO LOUZÁN Y ADAMI

LA MESA DEL PUEBLO

POR **MIGUEL F. OSÉS**

FOTO LOUZÁN

CHURRASCOS, ASADOS DE TIRA Y CHORIZOS EN SU PROPIA SALSA. — LA BARATURA PUEDE NO ESTAR REÑIDA CON LA LIMPIEZA. — TENTACIONES DE UN PERFUME QUE NIVELA A LOS HOMBRES ANTE LA ESCUDILLA. — PERSECUCIONES QUE DEBEN SER INVESTIGADAS. — CATORCE AÑOS DESPACHANDO TIRAS DE ASADO. — ALGUNAS ANÉCDOTAS CURIOSAS



Se acomoda uno como puede cuando no hay bancos de plaza a mano. Una piedra, un cajón vacío, una lata, cualquier objeto, en fin, hace las veces de silla o de mesa



Aurelio García, "El Vasco". Catorce años revolviendo sobre la parrilla costillas, bifes, embutidos y demás variedades de la cocina ambulante. Un día, en el mostrador de su carro (el más perfeccionado), cierto ministro nacional devoró un par de chorizos puestos entre dos panes. "¡Hincaba el diente, sí!", comenta este industrial, que tanta popularidad goza en el puerto... ¡Más que el ministro, seguramente!



Un "boliche" más, lo cual no obsta para que los comensales arremetan contra las tiras de cubierta dorada y apetitosa. Un marino "zeneize" que deja la cocina del barco para churrasquear a la criolla

— ¡Pronto... Bife... Morcilla... Un choricito!

— ¡Servido!

Son las diez y media. La zona fiscal del puerto lanza a través de las calles que le dan acceso, grupos de trabajadores. Desde los depósitos aduaneros, las barracas particulares y los malecones de los diques, llegan a las calzadas que cortan la larga verja demarcadora de la jurisdicción de la Aduana, núcleos de cinco o seis; se espesan en muchedumbre abigarrada, negros como diablos de la gran fragua del esfuerzo, parleros con esa voz ruda que da idea de lo que puede ser la ola popular cuando barbota iracundias. Carboneros con el rostro ennegrecido por el polvo hullero; braceros nervudos en cuyos hombros ha descansado el pan de muchos países antes de cruzar los mares, todos ellos con el rostro atezado por el sol y los vientos, los brazos velludos, arremangados con la mancha en la piel puesta por la intemperie; italianos y españoles de todas las regiones de ambas penínsulas; turcos, rusos, provincianos de nuestro litoral, especialmente correntinos y entrerrianos, con ese sello del mestizo indio que pudo hacer soñar en el tipo nacional, en una batahola de lenguajes todos degenerados, que sin embargo — ¡cosa curiosa!, — les deja entenderse entre sí admirablemente como si hubieran llegado a la adopción de una forma de expresión universal sin reglas ni textos, ni base alguna.

Se diseminan en todas direcciones, en busca de fuerzas reparadoras después de las cuatro horas de jadeo ininterrumpido, con esa alegría de la salud que deja próximas a la quiebra las especulaciones filosóficas de los sociólogos de hipérbole, poseídos de un apetito devorador que no sabe de las dispepsias del sedentario, ansias de devorar que se trasuntan en la voluptuosa dilatación de las ventanillas nasales, ante el perfume que emerge de las cocinas ambulantes, donde se doran lentamente las amarillentas grasitudes de la tira de costillar y el ventrudo y reventón embutido chirriante en las burbujas de hirviente líquido.

— ¡A mí! ¡Churrasco! ¡Un pedazo de morcilla!

— Toma. ¿Estás contentooo?...

— Jugoso, Vasco.

— Echa el sangre... Vas poner gordo pronto. ¡Agarra, hombre!

Y a otro que alarga el limpio plato enlozado:

— ¿Qué te quieres tú? ¿Chinchulineees? Esta pedazo está bien cocida.

En el puerto, fuera de la zona fiscal, habrán distribuídas unas cuarenta cocinas churrasqueras. Pasan, en lo que a estructura y "dependencias" se refiere, por la más pintoresca gama. Desde el tacho redondo, rudimentario hasta en su parrilla (unos alambres de malla irregular), hasta el "establecimiento" más decente y "cómodo". Un mostrador con cubierta de cinc, limpio y reluciente, heladera para el refresco de la bebida, en verano (sólo pueden expender vinos, cervezas y gaseosas), el pan acondicionado en su cajón especial; el depósito de los platos y cubiertos, todo ello en una especie de cajón irregular, de formas extrañas, con unos tres metros de largo, dos de alto y otros dos de ancho, montado sobre ruedas, a cuya cabecera, ante la parrilla amplia, el cocinero, de impecable vestimenta profesional, vuelca con un largo tenedor la heterogénea provisión de carnes asadas.



Pancho, moreno que se gana diariamente un plato de churrasco y embutidos, amén de un vaso lleno de "sangre de Cristo", con el bautismo de ritual. Lo presentamos limpiando los platos que usa la clientela de "El Vasco". "La tierra saca la grasa mejor que el jabón y el agua caliente, niño", dice siempre



Otra mesa redonda. Alegría, apetito, aire, sol y falta de despellejamiento al prójimo. En ellas se comenta desde la desvalorización del franco hasta el posible resultado de las próximas elecciones, mientras se engulle la carne jugosa de los asados



La sarta de chorizos y chinchulines que por una cantidad exigua irá a llenar los estómagos de los comensales, sin peligro de trastornos ocasionados por ingredientes nocivos

Reina allí la más absoluta buena fe, la sencilla confianza de las gentes que, sabiendo lo que cuesta un centavo, tienen un respeto absoluto por la propiedad ajena. ¡Y a veces, surge en las charlas el aforismo revolucionario de Proudhon: la propiedad es un robo!

El cliente pide y se le da sin contralor alguno; sólo al final, cuando devuelve su plato, abona declarando lo que ha comido. Hemos tenido la ocurrencia de observar durante dos horas largas aquel comercio de lealtad, y en los poco más o menos 200 comensales que desfilaron por la churrasquería, ni uno se permitió estafar al cocinero el importe de un pequeño trozo de salchicha.

Se cobra una insignificancia: quince centavos por un churrasco o un trozo de asado de tira. Y hay la seguridad de lo que se come, limpieza y carencia absoluta de ingredientes nocivos. Miles de obreros y empleados se evitan la bazofia del fonducho, a base de sabe Dios qué mezclas, capaces de dar por tierra con el más robusto organismo.

En los mostradores puede verse, junto al sucio dril del carbonero, la impecable camisa de cefir del empleado, en gastronómica camaradería; hermandad de gente de trabajo que comprende la común condición a pesar de las indumentarias.

A pesar de todo esto, existe una extraordinaria persecución fiscal contra estas cocinas tan útiles. Y no sólo fiscal, sino... extrafiscal, podríamos decir, para emplear un término.

Pagan 373 pesos anuales en las más distintas gabelas, y como están siempre provistos de un permiso precario, la espada de Dámocles, representada por una nube de funcionarios municipales de menor cuantía, está siempre pendiente sobre sus cabezas. Con todo su funcionamiento, está autorizado por una ordenanza de 1911 ó 1912.

La Intendencia debería tratar de investigar por qué se cometen estos abusos, ya que no queremos recoger las acusaciones que se nos formularon, prefiriendo dejar la comprobación a quien corresponda.

Estas cocinas benefician a 2.000 ó 3.000 obreros y empleados de salario exiguo, poniendo a su alcance una comida sana y abundante, sobre los mismos lugares de trabajo, lo que no podría ser si se recargan de gabelas fiscales... y no fiscales a sus propietarios.

Aurelio García es el "churrasquero" más antiguo en el puerto. Su "establecimiento" es el mayormente concurrido, pues sirve de 200 a 300 personas diariamente. Se le apoda familiarmente "El Vasco". Es diligente, amable, paciente, bonachón y alegre, con un corazón que no cabe en su churrasquería. ¡Un corazón que late desde hace 60 años!

Tiene recuerdos incontables de sus catorce años de revolución carnívora a base de tenedor, y los refiere en su pintoresco enrevesado vascocriollo:

— Un día comió aquí chorizos una ministro... No recuerdo el nombre. Era en el Presidencia del Sáenz Peña. Un día que muchachos estaban en huelga y el papas quemaban.

No dice lo que otros nos contaron. Que en épocas de desocupación, muchos han comido en su churrasquería sin pagar un centavo; que muchas veces, ante la declaración de la carencia de níqueles para pagar el gasto, ha despedido al cliente con un ¡Dios te ayude!, sin rencor y sin acritud.

Y García tiene encima un drama que disimula su alegría. La compañera de sus años de lucha gime en una casa de salud con sus divagaciones de alienada.

— El vida es así, señor. ¿Qué te tomas? ¿Un churrasco?



Una de las "churrasquerías" ambulantes. Un toldo que atempere la fuerza de los rayos solares es la única comodidad que el público reclama. Lo demás está perfectamente suplido por el vaho de los asados, que sirve de aperitivo a quienes ni eso necesitan para limpiar la parrilla en un santiamén

DE SANTA FE, CORDOBA Y ENTRE RIOS



SANTA FE. — En casa del nuevo gobernador de la provincia, señor R. Aldao, durante la recepción ofrecida al gobernador saliente y a los demás miembros del Poder Ejecutivo.



ROSARIO. — El nuevo cónsul de Italia, señor Tuozzi, acompañado de los componentes de las comisiones de la Sociedad Garibaldi, en ocasión de su visita al local de dicha institución.



ROSARIO. — El gobernador señor Aldao y su comitiva, asistiendo a la disputa del clásico Sáenz Peña, en el Hipódromo Independencia, invitados por las autoridades del Jockey Club.



VILLA DOLORES (Córdoba). — Colocación de la piedra fundamental del dique a construirse sobre el río Los Sauces. Los ministros de Obras Públicas, ingeniero Gabier, y de Gobierno, doctor Rothe, acompañados del vicepresidente del Senado y otras autoridades de la provincia, en el lugar de la ceremonia.



CONCORDIA (Entre Ríos). — Demostración ofrecida al gerente de la sucursal del Banco de la Nación en esta localidad, señor Celestino H. Risso, por el personal del establecimiento, con motivo de su retiro acogiéndose a los beneficios de la ley de jubilaciones.

FOTO MARTÍN, LA VÍA Y CALVET

PAISAJES NORTEÑOS: TILCARA





Una calle de Tilcara. Al fondo se ve la quebrada de Humahuaca



El Río Grande, y el magnífico Cerro Rosado, que se levanta frente a la estación de Tilcara

Ver el artículo correspondiente en la página 27



Excursionistas visitando los pintorescos alrededores de Tilcara





Vista de la iglesia y plaza menor

FOTO ARRILI



NOTAS DE LA CAPITAL Y DEL INTERIOR



CAPITAL. — El enviado extraordinario y nuevo ministro plenipotenciario de Italia, señor Luis Aldovrandi Mariscotti, acompañado del introductor de embajadores, señor Amaya, después de presentar sus credenciales al presidente de la República.



TUCUMÁN. — El Colegio Electoral reunido para proclamar al doctor Miguel Campero gobernador de la provincia.



CÓRDOBA. — El ministro de Relaciones Exteriores doctor Gallardo acompañado del senador señor Martín Gil, del señor Heriberto Martínez y otras personas, durante su visita a esta ciudad.



SAN LUIS. — El gobernador de la provincia, señor León Guillet, presidiendo el lunch servido celebrando el enlace Laspiur-Latino.



GENERAL PINTO. — Niñas que tomaron parte en uno de los números del torneo atlético realizado recientemente en esta localidad.

FOTO LOUZÁN, LA VÍA, GIL, MARTÍN Y TERNENGO

LOS ARBITROS

POR ENZO ALOISI

DIBUJO DE FRANKE



LO primero que hizo Bernáldez al entrar en su casa—lo primero que hacía todas las tardes desde que Luisito estaba enfermo—fué ir a ver al niño. Ángela, la esposa, estaba allí, junto al lecho en que el niño yacía, iba para cuatro semanas, sin dar señales de mejoría.

Luisito tuvo para su padre una sonrisa desganada y triste, y Bernáldez cambió con su mujer una vaga mirada de inteligencia. "Ni mejor, ni peor", se habían dicho sin hablar.

—¿Vino el médico?—preguntó él.

—No, todavía—respondió ella, echando una mirada al reloj, que ya esa tarde había consultado muchas veces.

—Hay que hablarle seriamente al doctor—dijo casi entre dientes Bernáldez;—así no se puede seguir. No adelantamos nada.

—¡Y el jueves hará un mes!

—Es cierto.

Pero vino el médico y, como siempre, se mostró optimista; mandó repetir la "bebidita" y aplicar unos fomentos, marchándose luego con la promesa de volver al día siguiente para poner la última inyección de una serie, que desde la primera debió ser eficacísima, pero que en realidad no surtió efecto alguno. Entonces decidieron esperar el resultado de esta última inyección... o, mejor aún, a que cumpliera el mes. Después exigirían del médico... ni ellos sabían a ciencia cierta qué..., pero, en fin, una declaración categórica acerca del estado de su hijito, un cambio de régimen..., algo que los sacara de esa angustiosa incertidumbre en que los mantenía por una parte la invariable gravedad del mal; por la otra, la palabra tranquilizadora del facultativo.

EL doctor Michel Bourgeois era el médico más antiguo de Villa Mercantil. Con su título obtenido en Francia, y una autorización para ejercer acordada con carácter precario por el Departamento de Higiene, había llegado allí, cuando aquello era sólo un lugarejo perdido en plena pampa. Interín, se preparaba para revalidar, único médico en veinte leguas a la redonda, trabajador infatigable, estudioso y con sólida preparación, había ganado fácilmente renombre y dinero, tanto que luego dejó pasar varios años antes de decidirse a afrontar las molestias de los exámenes de reválida, y sólo se resolvió, por fin, cuando el anuncio de la llegada de un nuevo médico, provisto de los títulos reglamentarios, lo amenazó con el desalojo.

Ahora el mezquino lugarejo se había convertido en uno de los centros más florecientes de la zona agrícologanadera en que se hallaba situado, y hasta cinco médicos habían acabado por radicarse allí. Todos trabajaban holgadamente, y no se dejaban sentir entre ellos los inconvenientes de rivalidades y competencias. Los raros rozamientos que se producían entre los galenos de Villa Mercantil eran motivados por la política, en la que todos participaban más o menos activamente, y no por pujos de civismo, sino para poder dividirse la preferencia de la clientela, que se discernía, en efecto, de riguroso acuerdo con los colores y matices de los varios bandos en pugna. Pero por mucho que los médicos últimamente llegados hubiesen conseguido medrar, ninguno había logrado arrebatar a Bourgeois la hegemonía que ejercía como lógica consecuencia de su decanato. Su consultorio era siempre el más concurrido, sus honorarios los más altos. Tenía — huelga decirlo, — la clientela más pudiente, la que en el pueblo calificábase a sí misma de aristocrática. Y fuerza es consignar que en Villa Mercantil las fortunas y los abolengos se habían improvisado paralelamente a la prosperidad del galeno.

Decir que el doctor Bourgeois era un buen médico fuera tan aventurado y sin fundamento como decir que era malo. Bueno, cuando acertaba; malo, cuando erraba, era su fama — como por otra parte todas las famas y las de los médicos en particular, — una cosa inestable e imprecisa, que sólo habría podido ser explicada por las teorías de Einstein, o las sutilezas de Pirandello. Y Bourgeois, rutinario y conservador, se consolaba de los no raros fracasos que empañaban esa fama, diciendo que también había fracasado el doctor Martínez, el último llegado, joven universitario de quien se decía en el pueblo que era estudioso y socialista.

A los treinta días cabales de la enfermedad de su hijito, Bernáldez y su esposa decidieron afrontar la explicación con el médico. El padre se encaró con él, y tras no pocos titubeos y circunloquios le dejó entender que no estaba satisfecho de cómo marchaban las cosas. Bourgeois ensayó, a fuerza de tecnicismos y palabras abstrusas, la defensa de su tratamiento, pero debió reconocer que prácticamente nada se había obtenido. Luego, como el cliente daba vueltas sobre sus propios razonamientos, sin atreverse a proponer una solución, o acaso sin saber cuál proponer, el médico mismo insinuó la idea de la consulta. Entonces Bernáldez aventuró el nombre del doctor Martínez.

Bourgeois sonrió con suficiencia y dijo engolando la voz:

—¡Magtinez! Psí, no está mal medic... Me pego le falta un poc de prática. Además, está socialist, e an al puebl ciegtas cosas causan mal impresión.

Bernáldez se acordó entonces del doctor Quiroz, que en el orden de llegada a Villa Mercantil era el penúltimo; pero Bourgeois puso también reparos por la filiación política, pues Quiroz era liberal. Y aunque siguió diciendo al cliente que eligiera, como era su derecho, el tercero de los colegas quedó descartado por las razones que lo fueron los anteriores, no restándole a Bernáldez otro recurso que "elegir" al doctor Arreguiberri.

Era éste el que seguía en antigüedad a Bourgeois. Al principio una sorda y enconada rivalidad dividió a los dos colegas, pero habían acabado por hacerse grandes amigos, determinando este cambio dos causas de carácter diverso pero concomitante. Una — la primera, si no la principal, — fué la llegada al pueblo del tercer médico, a cuyo solo anuncio Bourgeois y Arreguiberri se unieron contra el enemigo común, y aunque el primero no podía pronunciar el apellido del segundo y éste se empeñaba en pronunciar el de aquél tal como se escribía — lo que hasta entonces fuera causa de más de un curioso enojo, — olvidaron sus rencillas, y se hicieron excelentes camaradas. La otra causa del acercamiento fué la común afición de los dos galenos al billar. Jugando con amigos comunes, y a regañadientes, las primeras mesas de casino, fué como empezaron a tratarse. Sobre el paño verde quedó sellada la alianza contra el intruso. Y a tal grado llegó la amistad y el entusiasmo por el noble juego, que cierta vez los dos médicos dejaron que "se fuera en sangre", un herido que se hallaba a media cuadra del café en que ellos disputaban un "match" de carambola.

LA consulta se efectuó con las formalidades, casi rituales, que son de pragmática, y Bernáldez y su esposa asistieron a ella un poco turbados, un poco anhelantes, sin alcanzar a descifrar el sentido de ese acto que tuvo, sin embargo, la virtud de dejarlos más tranquilos y con nuevas esperanzas. Arreguiberri había estado en un todo de acuerdo con su colega, tanto en lo que se refería al diagnóstico, cuanto en lo concerniente al tratamiento.

Quince días pasaron a la espera de los efectos, durante los cuales Bernáldez y su esposa, siempre más desilusionados, maduraron la decisión de interpelar nuevamente a Bourgeois. Al vencer el segundo mes, Bernáldez volvió a expresar al médico, con buenos modos, su intranquilidad..., sus dudas... Bourgeois empezó disculpándose por haber debido pedir esa misma mañana, y para atender un vencimiento urgente, una fuerte suma a cuenta de honorarios, la que le fué satisfecha inmediatamente en la casa de ramos generales de que era Bernáldez socio principal. Luego, reconociendo que el estado del niño, si bien no se había agravado, tampoco presentaba señales de mejoría, volvió a hablar de consulta, y hubiera transigido esta vez con Quiroz y hasta con Martínez, a no haber sido que Bernáldez propuso una solución más radical: llevar a Luisito a Buenos Aires. Bourgeois aprobó la idea; sin entusiasmo, pero la aprobó y ofreció a su cliente darle una carta de presentación para un gran especialista de la capital. La señora Ángela insinuó sus temores acerca de que las fatigas del viaje pudieran perjudicar a su nene, pero el médico la tranquilizó completamente.

Al día siguiente, llevando la carta en que Bourgeois, además de recomendarlo al colega, explicaba a éste los antecedentes del caso, Bernáldez salía para Buenos Aires con Luisito. Era una linda tarde de enero en que hasta el sol, alentador a fuerza de aparecer riente y bravío, ponía un poco más de optimismo en el corazón confiado de los pobres padres. La señora Ángela, con cuatro chicos más en casa, había hecho el sacrificio de quedarse. Se despidía de Luisito besándolo insistentemente, pero si a veces una triste previsión cruzaba por su mente se apresuraba a desecharla con supersticioso recelo, dando entero su corazón a la esperanza. ¡Buenos Aires! ¡Los médicos de Buenos Aires! ¿Cómo no habrían de devolverle sano a su hijito?... Sólo cuando el tren que se lo llevaba, salió bufando y rugiendo de la minúscula estación, las lágrimas que había contenido valientemente hasta entonces le arrasaron los ojos. ¡Pero eran de emoción! Ni en ese momento tuvo el triste presagio de no volver a ver a su Luisito.

CON las trepidaciones del tren, las emociones del viaje, el calor sofocante del camarote impregnado del hedor de los desinfectantes, Luisito pareció agravarse. Tenía una sed insaciable que Bernáldez no podía satisfacer por la prohibición expresa del médico, de darle mucho de beber. Y por momentos el pobre niño deliraba. Entonces el padre se sentía como agobiado por el peso de un sordo remordimiento. Por una estúpida consideración, por una cortesía meramente formal, había tolerado la manifiesta ineficacia de los médicos lugareños, dando motivo con sus dilaciones a que el mal pusiera, quizá, en peligro la vida de su hijo. Y ya en la noche, con los ojos clavados en el cielo, que por el rectángulo angosto del ventanillo huía con sus estrellas misteriosas, midió espantado la fragilidad de la existencia humana en la de ese ser querido que un designio obscuro e ineluctable podía cortar por momentos.

En Buenos Aires se alojó Bernáldez en casa de un hermano suyo, donde supo, con la contrariedad consiguiente, que el especialista al que venía recomendado se hallaba veraneando en Mar del Plata. Entretanto el estado de Luisito exigía procedimientos urgentes, y se recurrió al médico de la casa, quien se expresó con muchas reservas, dejando entrever el peligro de un desenlace fatal. Y en vano el atribulado padre llamó en consulta a dos de los especialistas más notables entre los que por esas fechas aun se hallaban en Buenos Aires. Antes de que los reputados facultativos se reunieran, Luisito expiraba en brazos de Bernáldez, pronunciando en la inconsciencia de su delirio la dulce palabra, primera que habían aprendido sus labios:

—¡Mamá! ¡Mamita!,—que para Bernáldez sonaba como un reproche.

DOS o tres días después, cuando el buen hombre preparaba las maletas para emprender el penoso regreso, cayó en sus manos la carta que el médico del pueblo habíale dado para el conspicuo colega de la ciudad. A punto estuvo de romperla, mas como advirtiera, sólo entonces, que el sobre estaba cerrado, una duda aguijoneó su curiosidad, y lo rasgó.

En media carilla escrita a máquina, sin membrete, sin firma, se leía en primer término la relación del caso, que, por su terminología y forma, resultaba poco menos que ininteligible para el profano. A continuación había unos renglones en idioma extranjero, que, a pesar de ignorarlo, supuso Bernáldez sería francés. Para saber lo que allí decía recurrió al mayor de sus sobrinos, quien así le tradujo esas palabras, leyendo de corrido: — "Como usted ve, querido colega y amigo, se trata de un caso que fué leve al principio y que se complicó de una manera imprevista y tan rápida que me ha obligado a esperar pasivamente el desenlace inevitable. En tales circunstancias me ha parecido innecesario desengañar a los padres de la criatura, y cruel noticiarles el desahucio. Por eso, atendiendo a un deseo de mi cliente lo remito a usted, por si creyera conveniente practicar una intervención quirúrgica. A los padres les será siempre grato pensar que han hecho cuanto ha estado en sus manos para salvar la vida de su pequeño. Le prevengo que mi recomendado es persona de posición y de responsabilidad."

Y Bernáldez, hombre sencillo, íntegro, incapaz de una doblez, no supo leer entre líneas. Se limitó a lamentar que Bourgeois no hubiese sido sincero con él, pues que le habría permitido no agregar al dolor de esa muerte, la crueldad de separar en los últimos momentos la madre del hijo. Pero al mismo tiempo no pudo menos que justificar y aun agradecer la delicada intención del médico amigo que había querido evitarle el largo martirio de una condena sin remisión.



...Y AL CABO DE HORA Y MEDIA DE CAMINO ENCONTRAMOS A LA POBRE SEÑORITA MUERTA SOBRE LA NIEVE...

FIDELIDAD

POR **CELIA POZZI**

DIBUJO DE GEO A. STOCK

HACE ya unos años me dirigía yo a mi residencia veraniega de Córdoba, donde debía reunirme a mi familia, la cual había partido días antes. Según mi costumbre, aproveché la oportunidad para hacer un breve paseo por la ciudad de Alta Gracia, allá en las sierras, punto de veraneo a esa altura del año. Los hoteles de aquel pintoresco sitio son magníficos y, salvo la presencia de anémicos y tísicos, que van allí en busca de oxígeno para reponer su salud quebrantada, no se pasa mal; se encuentra uno lejos del bullicio de la ciudad, en el pico de altísimas sierras y con todo el "confort" de la vida moderna.

En uno de los solitarios paseos que daba por lugares apartados, y en los cuales no solía hallar más que alguna enferma sacando fotografías de esos parajes, o algún muchacho haciendo mandados, para ganarse la vida, me encontré, a la entrada de un camino, con un enorme perro sentado al margen de un sendero que conduce a lo alto de la sierra, inmóvil como un centinela. A pesar de su aspecto bondadoso, porque hay perros que tienen cara de buenas personas, me detuve al verlo, como quien consulta las intenciones del pasajero que se cruza con él en sitio solitario.

— Pase usted sin cuidado — dijo una voz detrás de unas plantas, de esas que en las sierras están siempre verdes. — Tom no le hará a usted nada; puede usted acariciarlo, pero tenga cuidado y no siga por la derecha.

¿Quién me hablaba? Ante mi asombro, del cual no podía librarme, apareció por entre las ramas la cabeza de una mujer que, aunque hablaba el castellano, tenía una pronunciación netamente italiana.

Me acerqué a ella, y apartando la hojarasca pude ver una casa nada tosca pero muy sencilla.

— Ésta es nuestra casa — me dijo.— Aquí vivimos Tom y yo todo el año.

El perro, sin moverse de su puesto, movía la cola, denotando un extraño contento.

Entonces yo, para hacerme amigo suyo, me fuí derecho a él y le dirigí algunas palabras cariñosas, acompañadas de caricias en el lomo.

— Si no le habla usted en nuestro idioma no le entenderá — me dijo la buena mujer.

—¡Ah, sí!—Y le dirigí algunas frases en el bello idioma de Dante.

— Sí, señor; así. Sus amos lo compraron muy joven, y no ha oído más que nuestro idioma.

— Y ¿qué hace aquí? ¿Es perro de guardia?

— No, señor; vive en estas alturas por su gusto; porque es muy fiel.

Al oír estas palabras, Tom se acercó a nosotros y comenzó a lamer las manos de aquella buena mujer.

— Tom — dije yo, — ¿así que tú eres muy fiel?

Y el perrazo comenzó a saltar alegremente... Pero de pronto, dejándonos, echó a correr hacia la derecha, ladrando fuertemente.

— Alguien pasa cerca de la muerta— dijo la mujer.

— ¿De qué muerta?

— Vaya, entre usted y le contaré en dos palabras el caso, y así me acompañará a tomar unos mates. — Y me indicó la entrada de la casa.

El interior era muy sencillo. Muebles rústicos, de pino, una gran piel para lecho del perro, y un cuadro con el retrato de una joven de singular hermosura. Y mientras me tendía el mate, la mujer me dijo:

— Hace cinco años que vinimos aquí, mis patrones y yo, a traer a la señorita Julia, la mayor de sus hijas. Don Francisco, mi patrón, era un rico comerciante de Rosario. Su hija estaba tísica, sin remedio posible, según la opinión de los médicos.

"Al llegar a Córdoba, se le antojó la adquisición de este perro, y su padre, por satisfacer ese capricho de muchacha enferma, se lo compró. Desde entonces no se separó jamás de nosotros.

"La señorita pareció mejorar, y durante dos años que pasamos en Alta Gracia iba siempre acompañada de Tom.

"Una tarde, a la hora de comer, notamos la ausencia de la enferma. Creímos que le había ocurrido algo y salimos todos en su busca. Pero no la encontramos. No puede usted figurarse la desolación de toda la familia y nuestro asombro cuando, a la medianoche, vimos aparecer a Tom solo.

"Llegó al hotel, jadeante, y tomó a mi amo por el saco, queriéndole arrastrar fuera... Comprendimos entonces que nos pedía que lo siguiéramos. Provistos de antorchas y faroles, salimos todos, seguidos por el personal del hotel, y al cabo de hora y media de camino encontramos a la pobre señorita muerta sobre la nieve...

"El perro, con aullidos de dolor, lamía su cadavérico rostro.

"No hubo accidente ni ataque. La señorita murió de lo que debía de morir, y acaso más pronto por haberse alejado de casa en una noche tan crudamente fría.

"La llevamos al hotel, y Tom estuvo todo el tiempo que duró el velorio al pie de la caja mortuoria, con gran asombro de los presentes.

"Don Francisco, sentimental como era, compró este terreno, que es donde su hija murió, para que fuese enterrada en él. Tom presenció el enterramiento y se quedó aquí. No hubo forma de alejarlo. Entonces los padres de la señorita dispusieron que el perro viviese aquí y que yo estuviese a su cuidado, y aquí nos pasamos la vida, bien pagados y bien mantenidos, y Tom es dichoso; pero, ¡ay del que se acerque a ocho o diez metros de la tumba! Tom lo devoraría. Ya el verano pasado casi hace pedazos a un veraneante que se había empeñado en ver lo que ahí había."

—¿Y los padres de la muerta vienen todos los años?

— El primer año vinieron y estuvieron dos meses, el segundo un mes y el tercero como ocho días...

— El único fiel, entonces, es el perro, ¿verdad?

— ¡Oh, Tom terminará sus días aquí, no le quepa duda!

Tomé el mate que me servía. Volvió el hermoso animal, se sentó a nuestro lado y pasamos juntos la tarde.

Al volverme abajo, donde debía pasar la noche, me quedé contemplando la altura, donde quedaba el único representante de la fidelidad desinteresada.

EJEMPLOS PARA LA JUVENTUD ARGENTINA

LOS diarios se han ocupado del ejemplar caso de un alumno de medicina, joven de 22 años, que hizo sus estudios en dos años y ocho meses. Tanta rapidez habla muy elocuentemente de su inteligencia. Pero es indudable que si la inteligencia no hubiera estado asistida por el caráter, ese joven no hubiese realizado la proeza que comentamos. Quizá muchos de sus compañeros de estudios que quedan siempre atrasados, no le cedan en inteligencia. Pero no tienen ni aun el carácter necesario para proponerse estudiar con aplicación las materias del año, y cumplir su propósito. En cambio, habrá otros, tardos de inteligencia, que se lo proponen y lo cumplen, y dan buenos exámenes.

Por lo demás, hay otros hechos que acreditan el carácter del joven aludido. Llámase él Enrique Ocampo Igarzábal. Pertenece a una distinguida familia, pero a los 15 años se separó por propia voluntad del hogar paternal, y desde entonces se ha desenvuelto solo. Fué, pues, un estudiante pobre, obligado a trabajar para vivir. Además, era hombre casado y ya tenía un hijo. Durante los estudios nació otro hijo, y el alumbramiento puso en peligro la vida de la madre. No obstante estas cargas y dificultades, el joven Enrique Ocampo Igarzábal hizo sus estudios en el breve espacio de tiempo antedicho.

Hace poco los diarios citaban también el caso de la señorita Sara Fábregat, que en sólo un año rindió examen de todas las materias del bachillerato.

He aquí, nos decimos, buenos ejemplos para la juventud, que conviene que ella conozca. No pretendemos aconsejar a nadie que estudie medicina en dos años y ocho meses, ni que rinda en un año examen de todas las materias del bachillerato. Pero es tomando las cosas con esa resolución y esa energía cómo se triunfa en la vida.

El joven Ocampo Igarzábal quiso ser médico. Ésta era su vocación. Si su vocación hubiera sido el comercio, sin duda hubiese puesto en establecerse el mismo ahinco que puso en recibirse de médico, y a estas horas sería propietario de alguna casa comercial, pequeña todavía, sin duda, pero seguramente próspera, pues él no hubiera omitido esfuerzo ni cuidado, ni desperdiciado oportunidad, para que lo fuese.

Lo que desanima a muchos son las dificultades. Pero las dificultades no existen sino en la medida del ánimo para vencerlas. Cuanto mayor el ánimo, menores las dificultades. Muchos, en lugar del joven Ocampo, se hubieran hecho este razonamiento: "Quisiera ser médico; pero soy casado y padre de familia, y los estudios duran seis años. Si fuera una carrera corta, dos o tres años, tal vez." La mayor dificultad era la larga duración de los estudios. Pero el vencer esta dificultad puede ser una pura cuestión de ánimo.

Si en la República Argentina el nivel medio del carácter fuese más elevado, la mayor parte de los que son peones serían ya obreros o empleados, e infinidad de éstos se habrían ya independizado u ocuparían cargos superiores. ¿Quiénes habrían venido a ocupar las vacantes que ellos hubiesen dejado? Si uno que es hoy obrero economiza, ahorra, estudia los negocios, y luego se establece por su cuenta, aumenta los capitales y la producción nacional, contribuye al mayor bienestar general. Si son muchos los que hacen lo mismo, la situación económica mejorará como si se hubiese descubierto una nueva y grande fuente de riqueza. Y en los países prósperos nunca faltan brazos, en parte porque a favor de la misma prosperidad el trabajo humano se va reemplazando por el trabajo mecánico, y en parte porque los países prósperos son los que atraen la inmigración. Con lo cual queremos decir lo siguiente: que los milagros del carácter no son imposibles.

El hombre de carácter es el gran amigo del país. El hombre de carácter es el gran amigo del hombre de carácter, porque la contribución del uno a la prosperidad y el adelanto, mejora las condiciones del ambiente para el otro. El hombre de carácter es el gran amigo del hombre que no lo tiene, porque sin las empresas de aquél, éste no podría subsistir tan fácilmente. Donde veáis un hombre de carácter, procurad no estorbarle el paso; procurad, si podéis, favorecerle, y no envidiéis su prosperidad y su éxito, pues si consiguieseis eliminar a todos los que prosperan y tienen éxito, nos arruinaríais a todos. Y cultive cada cual su carácter, y esfuércese por realizar su vocación o sus ideales.



CONFUSIÓN LAMENTABLE

— Sí, señor, ya sé que usted no es veterinario; pero mi esposo dice que Lulú no es un perro...

El empleo del lápiz en inscripciones soeces

ESTANDO una vez reunidos el industrial Henry Ford, el dibujante norteamericano Montgommery Flagg, y un notable astrónomo de la misma nacionalidad, un motivo de actualidad hizo que la conversación recayese sobre piedras preciosas y alhajas.

—Para lo único bueno que han servido los diamantes —dijo Henry Ford, —ha sido para cortar vidrio. Por lo demás, ellos no valen la tinta de imprenta que se ha gastado en referir los disgustos y males que han causado a la humanidad.

—Yo creo —replicó el artista— que hay que computar en favor de los diamantes lo que en el de todas las bellas obras de la naturaleza; es a saber, que han contribuído a la educación de los sentimientos, despertando el sentido estético. Además, ellos han inspirado a los moralistas eficaces fábulas que hemos leído en los bancos de la escuela y que más tarde han influído en nuestra conducta. Pero hay una piedra que por todos conceptos yo prefiero al diamante, y una alhaja que no cambiaría por la más valiosa.

—¿Qué piedra es ésa, y cuál es la alhaja?— preguntó Henry Ford.— Por la manera de expresarse usted, me sospecho que a su lado serán efectivamente poca cosa todas las piedras y joyas de la abolida corona rusa, de que tanto hablan ahora los diarios.

—Casi todos llevamos en el bolsillo una alhaja con esa piedra engastada —respondió Montgommery Flagg.— La piedra es un hermano pobre del diamante: se llama grafito. En cuanto a la alhaja, es ésta —añadió sacando un lápiz.— No os extrañará que un dibujante la tenga en tanto aprecio.

Ha hablado bien el artista —exclamó el astrónomo.— Y pudiera él haber añadido que el grafito, en manos de un Holbein o de un Durero, ha contribuído a la educación estética de la humanidad millones de veces más que el diamante. Añadid a esto lo que la ciencia le debe. Un astrónomo que toma apuntes y hace cálculos es quien os lo dice.

—Y añadid lo que le debe el bienestar de la humanidad —agregó Henry Ford.— Un industrial que asimismo toma apuntes y hace cálculos, es también quien os lo dice. Y ahora que se me ocurre, ¿os imagináis cuánta es la parte que ha tenido el lápiz en la invención y perfeccionamiento del automóvil?

No es frecuente oír el elogio del grafito ni del lápiz. Sin embargo, un buen ensayista pudiera escribir ante un lápiz páginas que nos hicieran reflexionar. El lápiz ha sido mucho más fiel y útil amigo del hombre que el perro. Aquel ensayista pudiera con razón terminar su trabajo recomendándonos que no empleáramos el lápiz sino en cosas útiles, nobles o bellas. Y este precepto, al ver ciertas inscripciones y dibujos de ciertas paredes no podría menos de parecernos muy justo. Y nos referimos sobre todo, según el lector supondrá, a las inscripciones y dibujos que siempre existen en los retretes públicos o abiertos al público, de la ciudad de Buenos Aires. Son un portento de falta de educación, de lamentable gusto y de grosería. Una enciclopedia de baja y sucia vulgaridad; una cosa repugnante para cualquiera que aun sin ser asustadizo sea un poco decente.

No nos entretendremos en afear la deplorable costumbre de las inscripcioones y dibujos indecentes en los retretes. Ella se condena por sí sola. Nos limitaremos a adelantarnos a la observación de que se trata de lugares solamente frecuentados por hombre. Pasemos por alto lo de que esto no sería rigurosamente exacto, pues también los frecuentan niños, y por lo que toca a algunos comercios, también las mujeres de la familia del propietario y las sirvientas de la casa. Pasemos por alto todo esto, decimos. Todavía queda una cosa por alegar, aunque no fuera más que esta: la decencia. Esas inscripciones y dibujos no pueden asustar a ningún hombre, pero repugnan a todo hombre decente. Y presentan al público porteño bajo un aspecto soez que en realidad no merece.

En los retretes de las oficinas ministeriales de Instrucción Pública instaladas en el antiguo Cabildo se ha conseguido eliminar esas inscripciones mediante un persuasivo cartelito al que se añaden recomendaciones para no obstruir las cañerías con colillas de cigarrillos ni nada capaz de tener el mismo inconveniente, pues de otro modo comprometemos la limpieza y ocasionamos la expansión de malos olores.

Puesto que no es tan difícil educar al público, convendría que esos cartelitos u otros análogos se generalizasen a todos los retretes.

VAMOS A VER...

RAZONABLE

—Parece que no es muy saludable este pueblo. El clima es irregular y cambiable.

—Hombre, irregular, no digo que no; pero cambiable..., ¡ni por asomo!

—¿Por qué?

—Porque si fuera cambiable, ya haría rato que lo habríamos cambiado.

LAS SEÑORAS

En 1668, el señor de Humières fué elevado a la dignidad de mariscal, a pedido de Turena, que no pudo resistir al genio y a los encantos de la esposa.

El mismo día Luis XIV preguntó al caballero de Grammont:

—¿A que no sabéis a quién acabo de hacer mariscal?

— Sí lo sé, majestad: a la señora de Humières.



HONRADEZ COMERCIAL

— ¡Diablo! El fabricante tuvo una honradez comercial admirable. Ya me dijo muchas veces que éste era un automóvil que iba a chocar mucho.

ENTRE AMIGOS

— Cada vez que tengo una discusión con mi esposa, la apunto en mi diario.

—¡Entonces su diario parecerá un archivo!

JUSTICIA

Un empleado español que había desempeñado un puesto de importancia en las colonias fué preso al volver a Cádiz. Su esposa corrió a Madrid para pedir clemencia al rey Carlos III. Éste le preguntó:

—¿De qué acusan a vuestro esposo?

—De haber defraudado cuatro millones de pesos.

—¡Ay de él, si es mentira!...—exclamó el rey.



FILOSOFÍA DEL PESCADOR

— El caso es pescar algo... Aunque sea una merluza.



ASÍ VA EL MUNDO

— Vuestra venta de caridad, ¿es en beneficio de los pobres? ¿Y tienen ustedes muchos pobres?

— Una cantidad enorme...; en primer lugar, todos los antiguos ricos.

RECOMENDACIÓN OPORTUNA

A cierto avaro que tenía siempre su caja cerrada y la boca abierta para soltar necedades, le dijo un pobre discreto:

— Usted debería llevar oro en los bolsillos y guardar la lengua en la caja.

EN UNA REDACCIÓN

El doctor X. — No creí nunca que este diario fuera enemigo mío.

El director. — Y no lo es.

— ¡Cómo que no! Anoche pronuncié un discurso en el banquete que dimos al doctor Pelagatti, y usted no lo ha publicado.

— ¿Y quiere usted, doctor, más prueba de benevolencia y amistad?

TRISTE REALIDAD

—Estoy pasando los días más afanosos de mi vida.

—¿Sí? Y, ¿qué haces?

— Pues, buscar trabajo.



LA RADIOTELEFONÍA

La radiotelefonía contribuye a la paz conyugal. Sobre todo a la paz del cónyuge que tiene aplicados los dos teléfonos.

EL GATO ESCALDADO...

Dos labradores estaban hablando del tiempo, y el uno dijo:

— Como siga lloviendo cuatro días más, va usted a ver, don Hernández, cómo renace todo cuanto está debajo de tierra.

— ¡No lo permita Dios! — gritó vivamente el otro; — que tengo dos mujeres enterradas.

RASGOS DE INGENIO

Heredia era terriblemente tartamudo. Uno de sus contemporáneos, Paúl Marietón, tartamudeaba también de un modo espantoso. Heredia decía a este respecto:

— Marietón es mucho más tartamudo que yo. Él pretende que se le llame "el Marietón cubano"; yo le hice decir que a nadie se le ocurriría llamarle a él el "Heredia de Lyón". Los dos tartamudeamos; pero no hacemos los mismos versos.



EL MEJOR PROCEDIMIENTO

—En resumen, ¿cómo le parece a usted que debe procederse a las elecciones?

—Pues de la manera que resulte yo reelegido.

DE VISITA

—¡Qué revista tan sosa!

—Es la que le doy a la sirvienta para que lea los domingos.

—¿Y no se aburre la pobre, leyendo siempre lo mismo?

—No; porque, aunque la revista es siempre la misma, la sirvienta es diferente.

LOS HOMBRES SENSATOS

—Papá: ¿qué te parecen mis tacos Luis XV?

—Me parecen demasiado altos. Creo que hubieras tenido bastante con un Luis XIII o un XIV.

COLOR MODERNO

—¿Cuál es el color más moderno?

—El amarillo de *est'año.*



EN EL BAILE

—¿Qué edad me habías dicho que tenía tu mujer?

—¡Sesenta años! y mírala; se le pueden aplicar las palabras de Galileo: —"Y, sin embargo, da vueltas."

POCO ANIMADOR

—¿Quiere usted que juguemos al billar?

—Pero si apenas sé tirar...

—Vamos, le daré ventaja. ¡Anímese! Le daré diez tiros.

—Hombre; vaya un modo de animarle a uno.

ESCENAS DE HOGAR

—¿Por qué te hablaría yo aquella mañana?... ¡Ojalá hubiera nacido mudo!

Ella. —Y yo, ¿por qué te miraría?... ¡Ojalá hubiera nacido ciega!

El niño. —¿Por qué no nacería yo sordo?

COSAS DEL SERVICIO

—Oye, Manuel: si viene una señora a preguntar por mi esposa, le dices que no está.

—Y si no viene, ¿qué le digo?

CONTESTACIÓN LÓGICA

Contestando a una carta en que un agente de seguros reclama el pago de varias primas vencidas, contesta muy frescamente el interesado:

—Usted comprenderá que, estando, como estoy, reñido con mi familia, no quiero saber nada de "mis primas".

CHISTE PÉSIMO

—¿Cuál es el pez que se corre con más facilidad?

—¡...!

—El *pez... tillo.*

ENTRE LITERATOS

—¿Has visto el retrato de mi chico en "La Voz"?

—Sí, ya he visto que es el único trabajo que te han publicado.



EL MAYOR DOLOR

—Pero, hombre, cuando hay tantos siniestros y horribles catástrofes, ¿vas a llorar por un miserable catarro de cabeza?

—Es que mi catarro de cabeza es, sin duda, lo más terrible que ocurre en el mundo, para mí.

MALAS PULGAS

Dos valientes se encuentran en la puerta de una agencia de lotería.

—Che, ¿te ha tocao?

—¿A mí? ¡Si me llega a tocar, le rompo un hueso!

ENTRE AMIGOS

—¡Caramba! Hace ocho días que no te veo y te encuentro más crecido.

—No he crecido; es que, por fin, le han echado medias suelas a mis zapatos.

DE GUSTOS

—¿Le gusta a usted el fútbol?

—No, mi amigo; me da cien patadas.



LOS ILUSOS

—Cincuenta veces me has prometido que con la novela que piensas escribir saldremos de apuros. ¿Por qué no te ocupas en escribirla?

—Sí, me ocupo; precisamente vengo de anunciar por todas partes que de ella se hará una tirada de 200.000 ejemplares.

FIGURAS Y PAISAJES NORTEÑOS

LA IGLESIA, EL CEMENTERIO Y LA BIBLIOTECA PUBLICA DE TILCARA

POR B. GONZÁLEZ ARRILI

LA IGLESIA

VÉANSE LAS FOTOGRAFÍAS EN LA PÁGINA 17

"Esta iglesia fué fundada en 1797 por el doctor José Alejo de Alverro, primer párroco de este curato; terminada en 1865 por Juan A. Prado. Reconstruída en 1879 y 1894" — reza una chapa de mármol que está cercana al altar mayor de la iglesia de Tilcara, y fechada en noviembre 20 de 1895.

La iglesia es sencilla e interesante, en su arquitectura exterior especialmente, aunque es lástima que un trozo de portalada de construcción más reciente resulte un feo parche de ladrillos cocidos, aplicado a los adobes primitivos, cuyas viejas pinturas se desconchan lentamente, manchándolos de gris sobre el ya casi perdido celeste, que fué el color último con que quiso ataviárseles.

Frente a una plaza (la pequeña, pues a la cuadra está la mayor) alza la iglesia sus dos torrecillas de cúspides blancas, como el pecho de dos palomas. De sus ventanucos penden las campanas, cuya voz se dilata y repercute entre los cerros cercanos. Por la puerta cuadrada de su centro, éntrase en el templo, abundante de viejas imágenes adornadas con descoloridos papeles de seda y terrosas flores de trapo, colocadas con más fe que buen gusto, en toda clase de cacharros o recipientes de vidrio y lata, adquiridos con conservas en los almacenes de Santa Cruz o Lizárraga.

Visitamos la iglesia en horas en que ningún feligrés había en ella. Por los vidrios de colores de sus altas claraboyas colábase una luz extraña que no parecía provenir de aquel mismo sol jubiloso que dejamos en la puerta. Entramos a pasos lentos, sin premura, observando el tallado de los viejos santos, de aquel Cristo español que se retuerce en la cruz con un gesto doloroso, tan marcado, que lo tosco de la escultura desaparece ante los ojos del curioso, y ante los ojos del alma del creyente, ha de asumir proporciones de angustia.

Llegamos hasta las piececitas laterales del altar mayor. Hallamos en una, el esqueleto, construído con cajones de azúcar, de un ataúd, seguramente el usado en los funerales de mayor importancia; viejos candelabros de hojalata dorada; un farol; una caña; una antigua gualdrapa de lana; mucha tierra; mucha suciedad. En la otra, la guardarropía del párroco; una pequeña imagen de una virgen, en compostura, las vinajeras...

Al lado de la iglesia está la casa del párroco, cuidada por un gran perro de lanas, echado sobre sus manos en mitad del ancho zaguán. El patio de esta casa es de los mejores del pueblo. Ancho, empedrado, hermoso...

Al cura lo conoceremos en la mañana del otro día. Es hombre joven, rubio, nacido en el litoral. En el momento que lo encontremos preparará su caballo. Estará revisando la cincha. Nos dirá algunas palabras, sonriendo; nos hará igual pregunta que todos los demás:

—*¿Qué le parece Tilcara?...* — Y luego nos explicará, que, como hay función en Maimará, saldrá en seguida para allí a decir su misa. En seguida nos dará la mano, se pondrá sobre su sotana un poncho, y montará a caballo, muy suelto de cuerpo, arrolladas sus sacerdotales faldas a la cintura.

Y su caballito alazán tomará el trote pausado habitual que ha de conducirlo por el caminito que va a la vera de los rieles, hasta la cercana Maimará.

EL CEMENTERIO

Por detrás de la iglesia, por una calle en cuesta, llena de pedrones sueltos que hacen difícil la marcha, torciendo luego cosa de doscientos metros hacia la izquierda, está el cementerio. Una puertecilla inútil, que está siempre abierta, y entramos. Ancho es el camposanto, poblado de yuyos amarillentos, de cardos espinudos, de los cardones centinelas que se estiran hacia arriba desesperadamente. Las tumbas diseminadas, abandonadas, definitivamente olvidadas, en su gran parte no tienen ni cruz. Muertos anónimos que nadie tiene interés en recordar. En algunas, sobre el suelo, con las abundantes piedras que están en todas partes, han ido dibujando un como cajón. Otros, son enormes panteones construídos de adobe, grandes cargazones de barro, contrahechos y tristes. Los hay antiguos. Sin duda, más de uno está allí desde la conquista, destruyéndose con gran lentitud. Uno, moderno, no ha sido fabricado en el pueblo. Debió venir de la ciudad (acaso de Tucumán); presumido, con su lápida y todo, parece una visita incómoda que no acierta con la forma de saludar y marcharse. ¿Qué hace allí custodiado por aquel cardón enorme?...

LA BIBLIOTECA

Posee Tilcara su biblioteca. En una piececita cuadrada, limpia, con las paredes blancas, una gran mesa, unas sillas y dos armarios con estantes. El que tiene puertas de vidrio, está colmado de libros; el que no tiene puertas, está vacío, esperándolos. Pocos son los libros de esta biblioteca, y sin seleccionar. En su mayor parte, novelas de poco precio donadas por un vecino, a las que fueron añadiéndose las dejadas por viajeros que no supieron qué hacer con sus libros, dos o tres de esas novelas que se adquieren al azar en las librerías de las grandes estaciones, para matar las horas de los viajes largos.

Durante el verano, se nos dice, nadie lee en Tilcara. Los forasteros animan sus callejas, se organizan excursiones frecuentes, se hacen reuniones en el comedor del hotel, se baila tarde y noche en la escuela. Pero, los vecinos que quedan aquí todo el año, especialmente en invierno, buscan un libro que los acompañe. Los inviernos son largos, muy fríos, muy tristes. Nunca falta el sol, cierto es. El sol aparece siempre a media mañana, y está hasta media tarde rebrillando, calentándolo todo, pero, en cuanto se oculta, es necesario meterse en las casas, quedarse quietecitos cerca de un brasero. Sopla un viento seco y helado que hace temblar hasta los huesos. Obscurece temprano, la noche se estira, y está poblada de rumores. Ruidos que vienen de la montaña, que llegan del río..., acaso del Pucará, donde se han perdido los restos de una gran raza muerta, pero subsisten espíritus animados del mismo odio lejano hacia la raza invasora que conquistó sus refugios y exterminó a los yuyos.

En esas noches largas, que comienzan a las cinco, a veces a las cuatro de la tarde, un libro es un grato compañero a quien nadie desprecia. Y como allí nadie tiene libros que no leyera ya, ni existe librería donde adquirir nuevos, se va a la Biblioteca Pública, bautizada con el nombre de un prócer, se abre la vidriera, se escoge uno o dos tomos, y se llevan a casa.

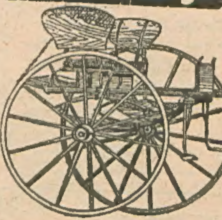
Nadie controla a los lectores los libros que llevan y que devuelven. Los volúmenes no disminuyen, sino que aumentan. Al final del año siempre se encuentran en aquellos estantes los mismos libros, más cuatro o cinco nuevos que nadie sabe quién los donó.

¡Simpática Tilcara! Hasta en este detalle de su pequeña y pobre biblioteca encuentra el viajero que se interese motivos para elogiarla!

Lector amigo: ¿Tienes ahí, a mano, un volumen que hayas leído ya? ¿Una novela, un libro de viajes, de cuentos, de versos? ¿Sí? Pues empaquétalo, ponle una estampilla, y envíalo al correo con la siguiente dirección *(escrita con letra clara)*: "BIBLIOTECA PÚBLICA—TILCARA — PROVINCIA DE JUJUY".

Alguien que tú no conoces ni conocerás, te agradecerá sinceramente el envío. ¡Son tan buenos estos montañeses! Además, piensa que en esta Biblioteca de Tilcara, en esta piececita cuadrada, tan limpia, tan amable, que da a la calle de la iglesia, hay un armario con sus estantes vacíos, esperando tus libros...





D. RAMÓN MARÍA DEL VALLE INCLÁN

POR

EDGARDO GARRIDO MERINO

(*Continuación de la pág. 6*)

del maestro. En sus gestos y palabras de ahora hay un baño de faquirismo...

¿Qué droga sedante y extraña ha ingerido el maestro? ¿Es que ya la niña Chole no sonríe y tañe el arpa de sus deseos?

¿Es que de las memorias del marqués de Bradomín no hay papeles que exhumar?

Don Ramón María demuestra desgana cuando se le habla de producir. Y para ocultar alguna herida desconocida (esa herida, que deja quizá la mucha gloria) habla de la naturaleza, de sus heredades en La Coruña, donde "le divierte" la engorda de novillos...

La diversión de escribir bella prosa, según él, ha pasado. Ahora le cautiva otra diversión más humana, más desnuda de vanidades: crear árboles, flores, animales...

Aquella mañana de sol, oyéndole hablar quedamente, sin la deliciosa farsa de otras veces, sentí en mí un ramalazo de melancolía.

La conversación se hizo lánguida. Don Ramón, o mentía mucho, o demostrábase en el momento íntimo de arrancarse para siempre del corazón "la saeta de los siete pecados capitales", que dijo Darío.

—Tengo que dar mi clase de estética a los alumnos de la Academia de San Fernando. ¿Me acompaña usted?

Fuí, y le oí disertar sobre el arte, el sentimiento de depuración en la pintura y la serenidad, como valor primordial para el bello equilibrio...

Volví a verlo varias veces y siempre me pareció que el maestro vivía desencantado.

En la tertulia hablaban más los discípulos que el pontífice. Miraba a las paredes del café, distraídamente.

Una tarde, después de una charla que se moría de lentitud, nos despedimos. Valle Inclán se iba a su montaña gallega, al día siguiente.

Estreché su cálida mano de patricio, y al salir del café, vi cómo la luz del atardecer, tras los cristales, le besaba la frente. Sus barbas medioevales, fingíanle un santo escapado de un vitral...

EL TIEMPO ES ORO

Este aforismo, cada día más difundido, ha llegado a ser norma de conducta para muchos hombres. Lo prueba el hecho de que se ha puesto a la venta un reloj de bolsillo que tiene una campanilla como los despertadores comunes. Sirve para recordar a una hora determinada el acto que en tal instante nos hemos propuesto realizar.

Nuestros viejos periodistas

POR ERNESTO MARIO BARREDA

(*Continuación de la pág. 8*)

y no quise renovarlo... Después el consancio natural, el deseo de una vida sencilla, bucólica si usted quiere... En fin, que me instalé en el campo con quinientas hectáreas y todos los bichos del Arca de Noé...

A renglón seguido me habla Pellicer de sus vicisitudes, como si yo no supiera poco de la cosa, y de una inundación que todo se lo llevó: sembrados, animales...

—Zapatero, a tus zapatos... Pero, con franqueza, usted, que lo sabe: ¿verdad que es hermosa la vida del campo?

Lo dice con la ingenuidad de un chiquillo. Y yo, que todavía siento escocerme alguna parte del cuerpo y del alma, con la misma ingenuidad impenitente, le digo que sí, que es de lo más hermoso que hay. Y lo siento como lo digo.

—¿Y ese píloro?

—¡Que me lo sacaron! Fué una operación que me devolvió la salud. Padecía de una hipercloridia... ¿Usted también?... Es la enfermedad de los escritores.

—Angel Estrada sufría de eso también...

—Y el pobre Joaquín González... Por ahí empezó. Yo me hice operar a tiempo, pues se me había producido en el píloro una úlcera, y ya no podía pasar ni la leche... Ahora estoy como nuevo... ¿Usted se ríe?... ¡Ah!..., recuerda el episodio aquel...

—Sí, refiéramelo, porque tengo varias versiones...

—Muy sencillo... Una semana antes de sufrir esa operación, que casi me ha resucitado, murió don Luis Barolo, dueño de esta casa. Al ser trasladado al sanatorio del Dr. Avelino Gutierrez, mi segundo hacedor, me encontré en el zaguán con el portero, quien, al verme con más trazas de cadáver que de persona, (pesaba 35 kilos) hizo un gesto de compasión... Adiviné su pensamiento: "Este pobre inquilino lleva el mismo rumbo que mi patrón". Y para robustecer su "pálpito", se me ocurrió despedirme de él diciéndole: "¿Quiere usted algo para el señor Barolo?" El buen hombre quedó petrificado. Y aun no se ha repuesto, me dice, de la impresión que le causó mi macabro ofrecimiento...

—¿Muchos libros ha publicado?

—Ninguno...; es decir, he publicado un folleto sobre finanzas... ¿Le parece raro?

Y Pellicer me esboza su plan de impuesto único, que me resulta tan excelente como irrealizable. Y es lo que pasa: el mundo no es tan difícil de curar. Sólo que cada uno tiene su receta. Y muchos viven de la enfermedad...

Salimos con el viejo periodista, quien, para demostrar las maravillas de su salud, me hace caminar con tal entusiasmo, que ya estoy por preguntarle si se prepara para las Olimpiadas de París. Confiesa sesenta y cuatro años... Está fuerte, ágil. Lo atribuye a la eliminación del píloro, que ha reemplazado por otro, creo que de caucho.

—¡Ah, si hubiera podido cambiar también algunas otras cosas que traigo aquí dentro... — dice suspirando. — Sería más feliz, seguramente...

No me esperaba, en un humorista, este melancólico final. Pero ya se echa a reír, y con un apretón de manos se pierde entre la multitud que inunda las calles.

UN NUEVO INVENTO

En California se ha realizado una gran modificación en el servicio telefónico. Gracias a un invento de Arthur Engelberg los aparatos se han provisto de un aditamento que permite telegrafiar a domicilio empleando la llave Morse. Además, el abonado sabe de esta manera si ha sido llamado y quién lo ha llamado durante el tiempo que ha permanecido ausente de su domicilio.

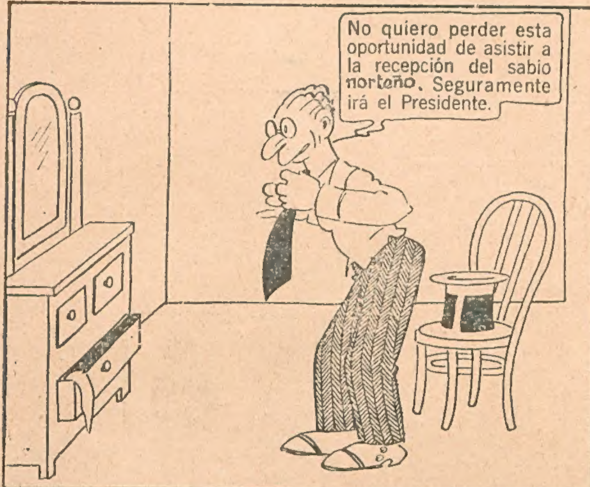


AL PUEBLO

El Ministerio de Relaciones Exteriores y todas las sociedades y "grupos" científicos del país, tanto argentinos como extranjeros, invitan al pueblo sin distinción de razas, clases ni religiones, a concurrir a la recepción que se tributará, en el Retiro al eminente sabio, Prof. Dr. JUAN PALENQUE notable entomólogo catamarqueño que llegará a esta ciudad el sábado próximo con motivo de las fiestas mayas

PAPAMOVSKI RECEPCIONISTA

POR LANTERI



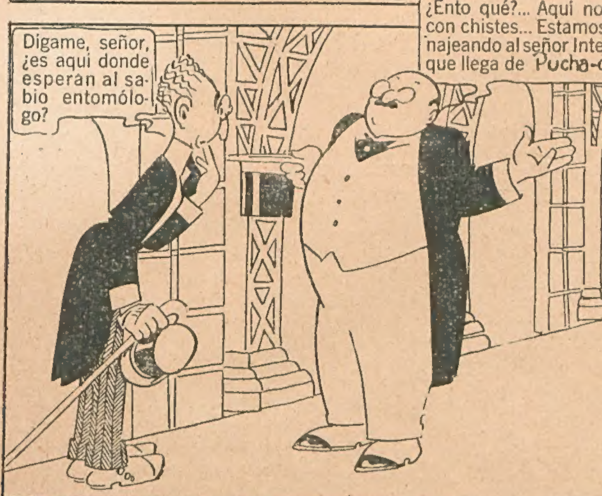


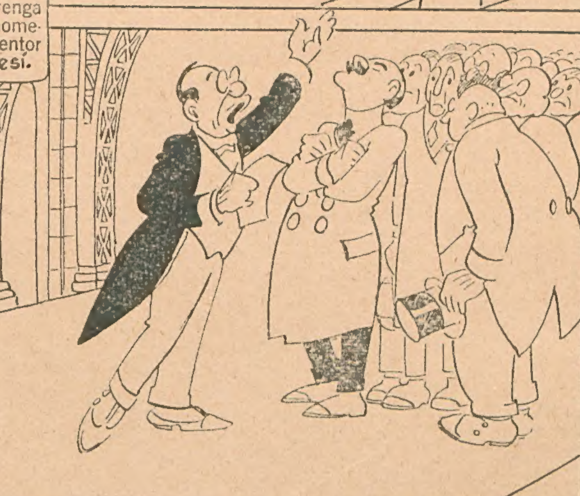


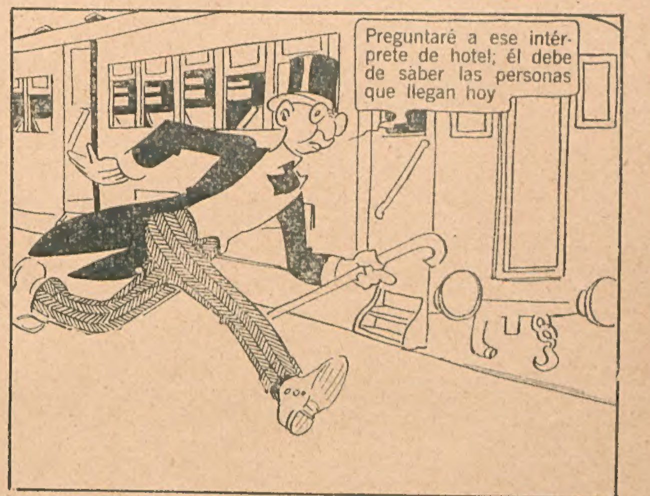




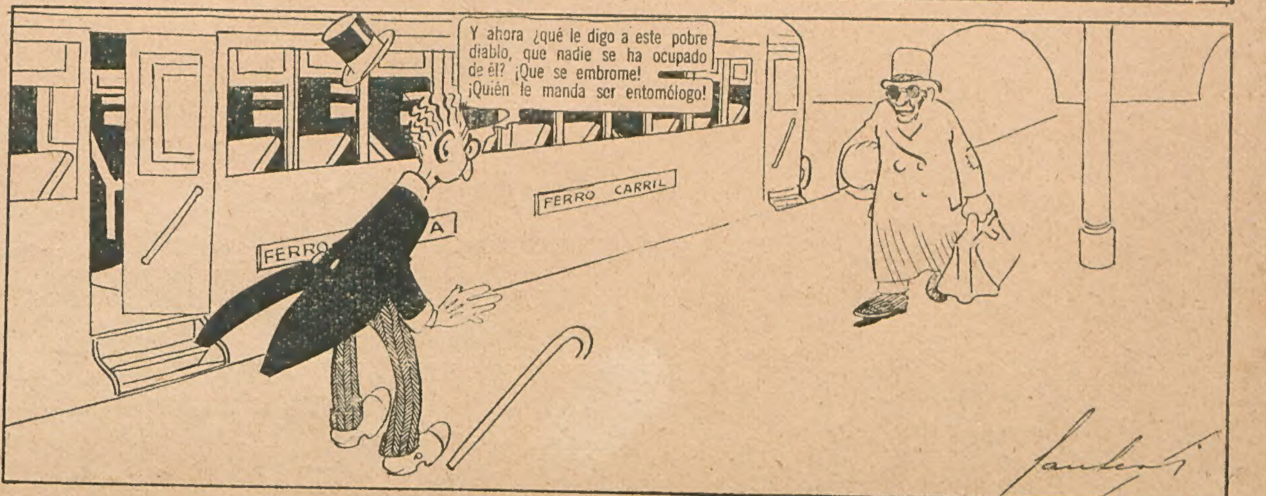






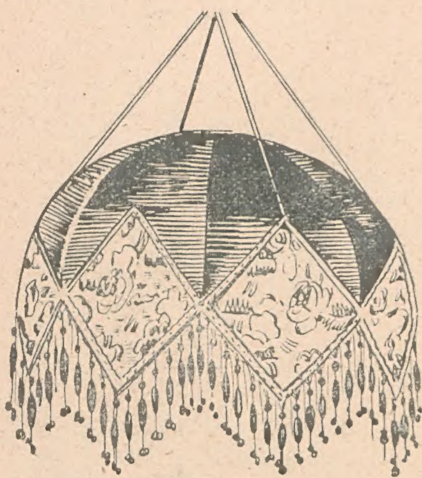






PEDRO BIGNOLI LTDA

UNICA CASA ESPECIAL EN OBJETOS UTILES PARA REGALOS



PEDRO BIGNOLI Ltda.

59964 — PANTALLA para comedor o dormitorio, confeccionada en fina seda forrada, aplicaciones chinescas, galones dorados y caireles de fantasía, a

$ 11 50

(Primer Piso)

NUESTRA GARANTIA

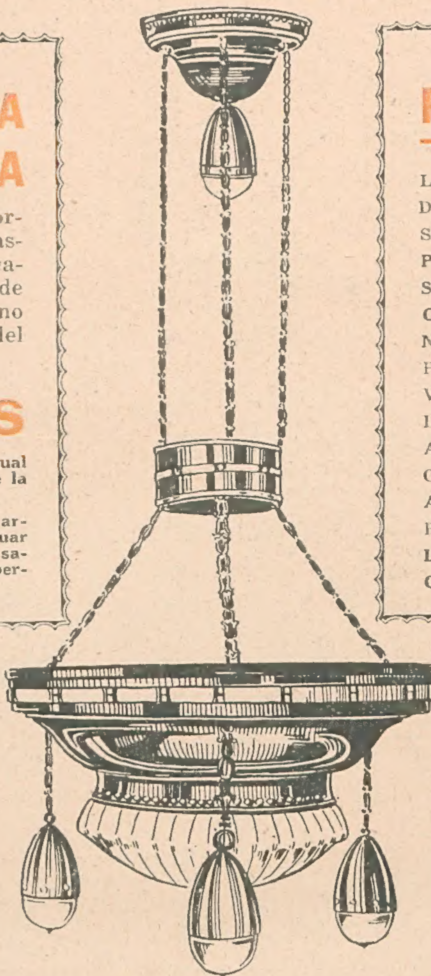
Devolvemos el importe de la compra y gastos de flete que ocasione la devolución de los artículos que no sean del agrado del cliente.

GRATIS

es el embalaje sea cual fuere la importancia de la compra.

REVISAMOS todos los artículos antes de efectuar su envío de modo que salen de nuestra casa en perfecto estado.

JUGUETES
EXPOSICIÓN PERMANENTE
(Segundo Piso)



PEDRO BIGNOLI Ltda.

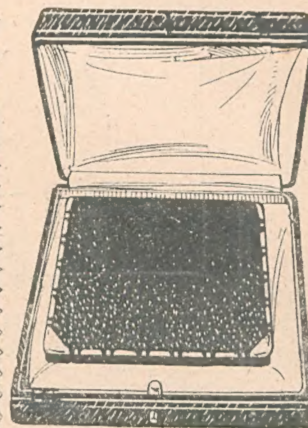
59974—HERMOSA ARAÑA de bronce, de 5 luces, plafón de cristal esmerilado, y su correspondiente juego de cadenas de la misma clase, completa, con bombitas, a

$ 72

(Primer Piso)

PEDIDOS

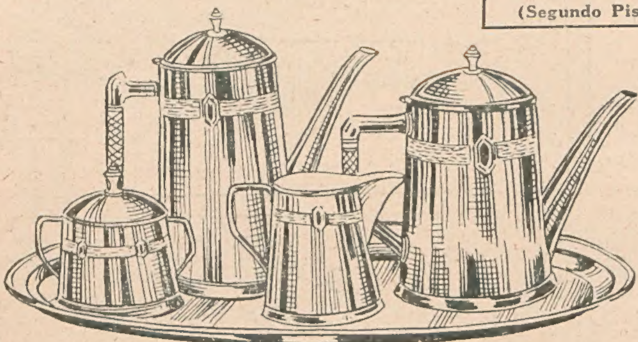
LA CORRESPONDENCIA DEBE DIRIGIRSE EN LA SIGUIENTE FORMA: PEDRO BIGNOLI LTDA., SECCIÓN INTERIOR, CARLOS PELLEGRINI, 300, BUENOS AIRES. PARA EVITAR EXTRAVÍOS, DEMORAS Y MOLESTIAS, ROGAMOS SE ANOTE CON LA MAYOR CLARIDAD NOMBRE Y APELLIDO DEL INTERESADO, DOMICILIO, LOCALIDAD, PROVINCIA Y FERROCARRIL.



PEDRO BIGNOLI Ltda.

BILLETERA en cuero legítimo, variedad de gustos y colores, con su correspondiente estuche, a.... $ 3 95

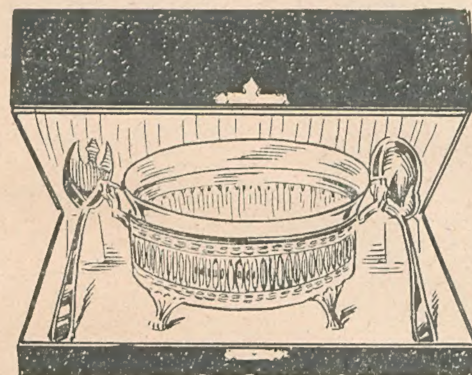
(Planta Baja)



PEDRO BIGNOLI Ltda.

JUEGO PARA TE Y CAFE, de bronce niquelado, con guarda estampada, bandeja ovalada, compuesto de 5 piezas; de 44 cms. de largo por 29 de ancho, a $ **34.50**. El mismo, de 4 piezas, Nº 3585. de café o te, a..... $ 21

(Primer piso)



PEDRO BIGNOLI Ltda.

49680 — ESTUCHE CON UNA ENSALADERA de fino metal plateado, con cristal y cubiertos de alpaca reforzada, a ...... $ 18

(Primer Piso)

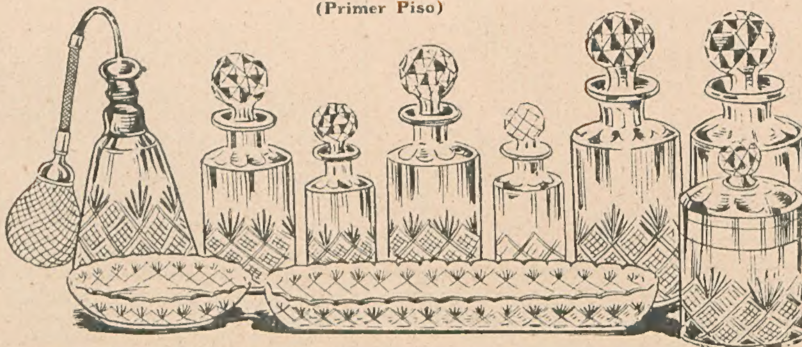


PEDRO BIGNOLI Ltda.

49537—ESTUCHE CON JUEGO DE CEPILLOS, de fino metal blanco plateado, compuesto de 4 piezas, a $ 34; y de 3 piezas, a

$ 28

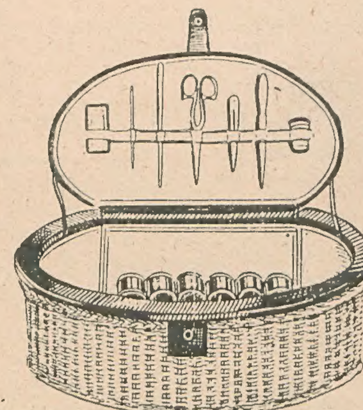
(Primer Piso)



PEDRO BIGNOLI Ltda.

FINO JUEGO DE FRASCOS de cristal tallado, blanco, "Val St. Lambert", compuesto de 10 piezas, a $ **122.—**; de 7 piezas, $ **93.—**. Otros modelos, de cristal "Portieux", con aplicaciones de bronce, compuesto de 8 piezas, a.. $ 32

(Primer Piso)



PEDRO BIGNOLI Ltda.

41112—COSTURERO de caña de la India, interior y exterior cuero, con sus útiles correspondientes, tamaño 19 × 27, a $ **21.—**; otro de mimbre, número 41303, a.. $ 15 90

(Segundo Piso)

Pedro BIGNOLI Ltda

CARLOS PELLEGRINI 300 Esq SARMIENTO 1002

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.